

imponer su absurdo sistema de recaudación la sangre vertida en las calles de Lérida por injustificables torpezas.

Conociendo los malos resultados de la política rentística del Sr. Cos-Gayón; viendo que el Estado no había podido encargarse aún en algunas poblaciones de la recaudación del impuesto á pesar de los plazos concedidos y de humillantes transacciones, y teniendo en cuenta que los rendimientos eran mucho menores que antes de la reforma de 16 de Junio último, el actual ministro de Hacienda no ha tenido más remedio que deshacer lo hecho por su antecesor, volviendo el sistema mixto de encabezamientos gremiales, arriendo directo, ó administración por la Hacienda, según sea más conveniente á los intereses del Tesoro.

Este sistema que por confesión propia del ministro del ramo se adopte por ser el más productivo al Erario, coloca en abierta oposición los intereses de los consumidores con el de Hacienda, porque prescindiendo de las necesidades de los pueblos, atiende sólo á recaudar lo más posible; error crasísimo en que incurrirían todos los doctrinarios, que no ven ó no quieren ver que todo gravámen que pesa sobre los artículos de primera necesidad es una contribución impuesta á las clases proletarias para dificultar más aún su vida de sufrimientos y privaciones.

Propónese el Sr. Comacho, según manifiesta en el preámbulo de su real decreto, adaptar el impuesto á las condiciones de cada localidad, para hacerle así más popular y llevadero.

Indudablemente que el sistema del actual ministro de Hacienda es preferible en la práctica, por lo que tiene de acomodaticio, al que trató de implantar el Sr. Cos-Gayón; pero ni es científico ni logrará jamás hacer popular un tributo que es tan odioso para el pueblo como la fúnebre lotería de las quintas.

Restituyendo como se ha hecho al ministro de Hacienda la facultad que tenía, con arreglo á las leyes de 31 de Diciembre de 1881 y 6 de Julio de 1882, de elegir el medio más conveniente de administrar el impuesto de consumos, evitaremos escándalos como los de Huesca y motines como los de Lérida; pero no daremos un paso en la senda de la unificación tributaria, que es la aspiración de los modernos hacendistas y la última palabra de la ciencia económica en materia de impuestos.

El impuesto de consumos es necesario hoy en nuestra opinión por ser fuente de recursos para los municipios y para el Estado. Nos es tan odioso y nos parece tan perjudicial como el de la lotería, á pesar de que este tiene un carácter voluntario; pues uno y otro producen males análogos.

El gravámen vulgarmente conocido con el nombre de derechos de puertas es una reminiscencia de las abolidas aduanas interiores, y la misma relación hay entre el vista que en la frontera se interpone entre el productor extranjero y el comerciante español, que entre el guarda de arbitrios municipales que en las afueras de una población se interpone entre productores y consumidores de una misma región.

Las aduanas en el límite de un país son lo que los consumos en el límite de una población; unas y otros entorpecen la acción del comercio y encarecen los productos de la industria. Limitar en lo posible sus malos efectos es obra del hacendista; no preocuparse de ellos es el trabajo del arbitrista. Medite el Sr. Camacho en las reformas que acomete, y se convencerá de que por el camino emprendido no merecerá jamás á la historia el primero de los dos dictados.

Discutiendo la contestación al discurso de la corona, Mr. Jesse Collings presentó á la cámara inglesa una enmienda, en la cual expresaba su disgusto de que el Mensaje no hablase de los socorros que necesitan las clases agrícolas, y especialmente por no haber anunciado medidas propias para facilitar á los labradores la obtención de arrendamientos en condiciones ventajosas.

Mr. Chaplin, canceller del ducado de Lancaster, especialmente encargado de los asuntos agrícolas en el ministerio Salisbury, combatió la enmienda de Mr. Collings en nombre del gobierno y declaró que la adopción de la enmienda sería considerada como un voto de censura.

Mr. Gladstone apoyó la enmienda y dijo que la oposición aceptaba toda la responsabilidad que resultase de su adopción, esperando que sería votada por gran mayoría.

Mr. Goschen la combatió enérgicamente. Una proposición tan importante, dijo, impondría á las autoridades locales deberes difíciles de llenar de una manera satisfactoria. Felicito á Mr. Chamberlain por haber quitado de un programa ilícito semejante cuestión y haberla trasladado á un programa autorizado.

En lo que al orador concierne, dice que no es posible decidirse en tres días sobre cuestiones tan importantes, por más que las concesiones se hagan rápidamente. El primer día ha habido declaraciones en favor del *Home Rule*; el segundo día, una gran mayoría se ha mostrado favorable á la introducción en Irlanda de ciertas reformas, imitadas de lo que se hace en Inglaterra, y el tercer día se habla de autorizar á los municipios á adquirir tierras, para darlas en pequeños arrendamientos.

Aconsejó á la Cámara Mr. Gladstone que no diese falsas esperanzas á los labradores con semejantes leyes. Si la nueva ley no es obligatoria, no dará resultado, como sucedió antes.

Mr. Balfour, presidente del *Local Government Board*, hablando en nombre del gobierno combatió la aserción de que el discurso del trono no haya anunciado medidas de socorro para las clases agrícolas. Con respecto á dar reducidos terrenos á los labradores, el gobierno abraza la intención de proponer en el *bill* relativo á la administración de los condados, que se autorice á las autoridades locales para tratar este asunto. Es, pues, necesario esperar el *bill* para discutir la cuestión.

Mr. Chamberlain censuró la política del gobierno y dijo que esperaba que sería adoptada la enmienda, porque no tiene confianza alguna en el gabinete.

Sir Hicks-Beach sostuvo que el objeto de la enmienda no era el de favorecer á los obreros agrícolas, sino el de derrotar al gobierno.

Si el resultado del escrutinio es desfavorable al gabinete, el gabinete lo aceptará tranquilo y dejará de buena voluntad el poder; para la adopción de esta enmienda no se propone sino destruir la política que el gobierno ha anunciado querer seguir en Irlanda.

Dirigiéndose á los representantes de la Cámara que quieren el mantenimiento de la unión legislativa, les suplicó que pensasen en las graves consecuencias que podría reportar la enmienda, á su juicio, vaga é inoportuna.

El marqués de Hartington combatió la enmienda, la cual fué adoptada por 329 votos contra 250.

Sir M. Hicks Beach declaró que reconocía la importancia de la votación.

El resultado del escrutinio fué acogido con entusiasmo por los panellistas, de los cuales 73 votaron con la mayoría.

Entre los diputados que votaron con la minoría, se cuentan el marqués de Hartington, sir Henry James, Mr. Goschen y Mr. Courtney, ex-ministros todos del gabinete Gladstone.

En la solemne distribución de premios á los alumnos de la escuela de bisutería é industrias análogas de París, el ministro de Comercio, Mr. Lockroy, que presidía el acto, hizo patrióticas y dignas declaraciones que obtuvieron el aplauso de todos.

Ensalzando la importancia de la industria, dijo que el interés de la República y el interés de la nación estribaban en su adelanto, y que abierto en breve el palenque, la industria francesa presentará en la próxima Exposición los resultados de su próspera vida y competirá con las industrias extranjeras más adelantadas.

Añadió que el ministerio de Comercio era

por su cometido un ministerio de lucha, y expresó su disgusto de que fuese el que con menos recursos contaba.

«El país, dijo, nos ha hecho comprender en las últimas elecciones que quiere dos cosas: la estabilidad y el progreso. El progreso no puede ser más que la conveniencia de la estabilidad gubernamental y ministerial.

Y la Cámara, que es el órgano del país, desea olvidar las cuestiones que han dividido tantas veces al partido republicano.

Desea concentrar sus fuerzas para realizar las reformas tantas veces prometidas, á fin de ayudarlos á sostener las grandes luchas industriales y comerciales, que tanto y quizá más que las otras, son gloriosas y útiles.»

En la prensa de Francia se discute aún sobre las observaciones que algunos monárquicos de ambos países pretenden que el gobierno alemán ha hecho al francés, por conducto de su embajador en París respecto á la vigilancia que debe observarse en nuestras fronteras del Norte.

La Iberia, siguiendo en esto los impulsos del patriotismo, negó que Alemania tuviese que mezclarse en semejante asunto, que á nosotros, y sólo á nosotros toca plantear. Pero Mr. de Blowitz, el célebre corresponsal de *The Times*, aseguró que las reclamaciones alemanas eran un hecho. *Le Journal des Debats* opuso una rotunda negativa á la afirmación de Mr. de Blowitz, y éste, para justificarse, ha escrito una carta al diario parisien de la que traducimos los párrafos más importantes:

«Pongo á vuestra disposición personal ó á la de los amigos que queráis indicar con este objeto, y bajo las garantías de honor acostumbradas, la prueba más absoluta é indiscutible de que las instrucciones de que he hablado, han sido dirigidas al conde de Monster y que éstas se han comunicado al Sr. de Solms y leidas al Sr. Moret.

No puede insistir en lo de su comunicación á Mr. de Freycinet, porque no tengo ni los medios, ni el deseo de imponerle una confesión que pueden prohibirle graves razones, pero en ese caso sería necesario admitir—lo cual sería absurdo—que esas instrucciones han sido comunicadas á todos, excepto á Mr. de Freycinet á quien ellas debían serlo primeramente.»

Le Journal des Debats contesta en estos términos:

«No podemos pensar en constituir una especie de información íntima sobre las fuentes de las que el honorable corresponsal del *Times* toma sus noticias.

Puesto que él mismo cree que esas fuentes no deben indicarse al público, nos guardaremos de tratar de penetrar un secreto que quiere conservar, y estamos dispuestos á creerle bajo su palabra. Su afirmación se apoya en noticias auténticas; nuestra negativa se funda en informes debidos á una autoridad que debe inspirarnos absoluta confianza. Los lectores de los *Debats* y del *Times* tienen completa libertad para escoger.»

Corroborando estas últimas declaraciones, los periódicos de París publican todos una nota oficiosa que dice así:

«Es completamente inexacto que ningún gobierno extranjero haya hecho al gobierno francés observaciones ó recomendaciones de ningún género (*quelconques*) relativas á la vigilancia de la frontera española.

El gobierno de la República conoce sus deberes de buena vecindad con respecto á España y los cumple puntualmente.»

RAGUER.

DOS SONETOS

El ilustrado poeta D. Eugenio Sánchez de Fuentes ha publicado en la prensa de la Habana dos bellos sonetos, dedicados, uno al poeta legendario español Don José Zorrilla, y otro, á la insigne cantora de *La Cruz*, la eminente poetisa cubana doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Hélos aquí:

Á ZORRILLA

con motivo de su solemne recepción en la Real Academia Española.

SONETO

Casi niño era yo, y allá en Sevilla,
En una siesia del estío ardiente,
Al blando son de regalada fuente,
Por vez primera te admiré, Zorrilla.
Hoy, que en el alto Capitolio brilla,
El divino laurel sobre tu frente,
Honrándose á sí mismo eternamente
Te abraza un Rey en nombre de Castilla.
Casi anciano soy ya, y en otro mundo
La sacra inspiración en vano imploro;
Mas tu gloria mi espíritu levanta.
¡Trovador nacional! Genio fecundo,
Mientras puedas herir tu lira de oro,
CANTA LA RELIGIÓN, LA PATRIA CANTA.

Á LA AVELLANEDA

SONETO

Siempre admiré tu ingenio sin segundo,
Perla de Cuba, hermosa *Peregrina*, (1)
Fuerte rival de Safo y de Corina,
Reina del canto, admiración del mundo.
De la tórrida zona el sol fecundo
Hoy en tu amada patria me ilumina,
Y ante la Virgen de Belén divina
Por tí me postro con fervor profundo.
Sí cantora sin par del *Leño Santo*,
Que llena el alma de piedad ardiente
Diste ejemplo inmortal de fe cristiana.
Al ofrecer, vertiendo puro llanto,
Aurea corona de laurel fulgente,
A los pies de la Virgen Soberana.

E. SÁNCHEZ DE FUENTES.

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

CAPÍTULO XI

Los noventa y dos abstenidos en el Concilio.—El discurso del obispo Strossmayer.—Consideraciones.

I

Con la ausencia de los prelados más independientes que se negaron á asistir á las últimas deliberaciones del Concilio, desde el momento que comprendieron la aptitud de la mayoría, la minoría se redujo noventa y dos votos, noventa abstenidos y dos que votaron en contra de la infalibilidad. Dupanloup, Mathien, Rauscher, Shvarzemberg y otros varios que ya habían hecho manifestaciones contrarias al nuevo dogma, se abstuvieron; pero el sabio obispo de Praga, como el célebre Strossmayer tuvieron el valor de sus convicciones y votaron en contra.

Ya hemos consignado las opiniones del obispo de Praga contra la infalibilidad, juntamente con las del de Almería, que en este punto coinciden. Pero conviene á nuestros propósitos reproducir el discurso íntegro del obispo Strossmayer, porque sustenta toda la doctrina de los contrarios al dogma, aparte de que su método y razonamiento es tan concluyente, que nadie como este sabio prelado ha podido refutar lo absurdo del nuevo dogma.

He aquí, ahora este célebre discurso:

II

«Venerables padres y hermanos: No sin temor, pero con una conciencia libre y tranquila, ante Dios, que vive y me ve, tomo la palabra en esta augusta Asamblea.

Desde que me hallo sentado aquí entre vosotros, he seguido con atención los discursos que se han pronunciado, ansioso de que un rayo de luz, descendiendo de arriba, iluminase mi inteligencia y me permitiese votar los cánones de este santo Concilio ecuménico con perfecto conocimiento de causa.

Penetrado del sentimiento de responsabilidad por el cual Dios me pedirá cuentas, heme puesto

(1) Los primeros versos de la gran poetisa, se publicaron en Cadiz y en Sevilla con este pseudónimo.

á estudiar con escrupulosa atención los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento, y he interrogado á estos venerables monumentos de la verdad, para que me permitiesen saber si el Santo Pontífice, que aquí preside, es ciertamente el sucesor de San Pedro, Vicario de Jesucristo, é infalible doctor de la Iglesia.

Para resolver esta grave cuestión, me he visto obligado á prescindir del estado actual de las cosas, y á trasportar mi mente, con la antorcha del Evangelio en las manos, á los tiempos en que ni el ultramontanismo ni el galicismo existían y en los cuales la Iglesia tenía por doctores á San Pablo, San Pedro y San Juan, doctores á quienes nadie puede negar la autoridad divina sin poner en duda lo que la santa Biblia, que tengo delante, nos enseña y el concilio de Trento proclamó *regla de fe y de moral*.

He abierto, pues, estas sagradas páginas y ¿me atreveré á decirlo? nada he encontrado que sancione, próxima ni remotamente, la opinión de los ultramontanos. Aun es mayor mi sorpresa por no encontrar en los tiempos apostólicos nada que haya sido motivo de cuestión sobre un Papa sucesor de San Pedro y Vicario de Jesucristo, como tampoco sobre Mahoma, que no existía aun.

Vos, monseñor Manning, direis que blasfemo: vos, monseñor Pie, direis que estoy demente. ¡No, monseñores, no blasfemo ni estoy loco! Habiéndome leído todo el Nuevo Testamento, declaro ante Dios, con mi mano elevada al gran Crucifijo, que ningún vestigio he podido encontrar del Papado, tal como existe ahora.

No me reuseis vuestra atención, mis venerables hermanos, ni con vuestros murmullos é interrupciones justifiqueis á los que dicen, como el Padre Jacinto, que este Concilio no es libre, porque vuestros votos han sido de antemano impuestos. Si esto fuese cierto, esta augusta Asamblea, hácia la cual están dirigidas las miradas de todo el mundo, caería en el más profundo descrédito. Si deseais que sea grande, debemos ser libres. Agradezco á S. E. monseñor Dupanloup el signo de aprobación que hace con la cabeza. Esto me alienta y prosigo.

leyendo, pues, los santos libros con la atención de que el Señor me ha hecho capaz, no encuentro un solo capítulo ó un solo versículo en el cual Jesús de á San Pedro la jefatura de sus apóstoles, sus colaboradores.

Si Simón, el hijo de Jonás hubiese sido lo que hoy día creemos sea su Santidad Pío IX, extraño es que no les hubiese dicho: Cuando haya ascendido á mi Padre, debeis todos obedecer á Simón, Pedro, así como ahora me obedecéis á mí. Le establezco por mi Vicario en la Tierra. No solamente calla Cristo sobre este particular sino que piensa tan poco en dar una cabeza á la Iglesia, que, cuando promete tronos á sus apóstoles para juzgar las doce tribus de Israel (Mateo, cap. 19, vers. 28), les promete doce, uno para cada uno, sin decir que entre dichos tronos sería más elevado y pertenecería á Pedro. Indudablemente, si tal hubiese sido su intención, lo indicaría. La lógica nos conduce á la conclusión de que Cristo no quiso elevar á Pedro á la cabeza del Colegio Apostólico.

Cuando Cristo envió los apóstoles á conquistar el mundo, á todos igualmente dió el poder de ligar y desligar, y á todos hizo la promesa del Espíritu.

Cristo, (así lo dice la Santa Escritura), prohibió á Pedro y á sus colegas reinar ó ejercer señorío ó tener potestad sobre los fieles, como hacen los reyes de los gentiles, (Lucas, 22, 25 y 26), si San Pedro hubiese sido elegido Papa, Jesús no diría esto, porque según esta tradición el Papado tiene en sus manos dos espadas, símbolos del poder espiritual y temporal.

Hay una cosa que me ha sorprendido muchísimo. Agitándola en mi mente, me he dicho: si Pedro hubiese sido elegido Papa, ¿se permitirán

sus colegas enviarle con San Juan á Samaria para anunciar el Evangelio del hijo de Dios? (Hechos, 8 y 14). ¿Qué os parecería, venerables hermanos, si nos permitiésemos ahora mismo enviar á Su Santidad Pío IX y á su eminencia monseñor Plantier al Patriarca de Constantinopla para persuadirle á que pusiese fin al cisma de Oriente?

Mas, hé aquí otro hecho de mayor importancia. Un Concilio ecuménico se reúne en Jerusalén para decidir cuestiones que dividían á los fieles, ¿quién debiera convocar éste Concilio si San Pedro fuese Papa? Claramente. San Pedro. ¿Quién debiera presidirlo? San Pedro ó su delegado. ¿Quién debiera formar ó promulgar sus cánones? San Pedro. Pues bien, nada de esto sucedió. Nuestro apóstol asistió al Concilio como los demás; pero no fué él quien resumió la discusión, sino Santiago; y, cuando se promulgaron los decretos, se hizo en nombre de los apóstoles, sanciones y hermanos, (Hech. 15).

¿Es esta la práctica de nuestra Iglesia? Cuanto más lo examino, ¡oh venerables hermanos! tanto más me convenzo de que en las Sagradas Escrituras el hijo de Jesús no aparece ser el primero. Ahora bien; mientras nosotros enseñamos que la Iglesia está edificada sobre San Pedro, San Pablo, de cuya autoridad no puede dudarse, dice en su epístola á los de Epheso (Cap. 2.º vers. 2.º) que está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo.

Este mismo apóstol cree tan poco en la supremacía de Pedro, que claramente culpa á los que dicen: Somos de Pablo, somos de Apolos (1.º Corintios, 1, 12), como culpaba á los que dijeren: Somos de Pedro. Si este último apóstol hubiese sido el Vicario de Cristo, San Pablo se hubiera guardado bien de censurar con tanta violencia á los que pertenecían á su propio colega.

El mismo apóstol Pablo, al enumerar los oficios de la Iglesia, menciona apóstoles profetas, evangelistas, doctores y pastores. ¿Es creíble, mis venerables hermanos, que San Pablo, el gran apóstol de los gentiles, olvidase del primero de estos oficios (el Papado), si el Papado fuese de divina institución? Ese olvido me parece tan imposible como el de un historiador de este Concilio que no hiciese mención de Su Santidad Pío IX. (Varias voces: ¡Silencio, herejes, silencio!).

Calmáos, venerables hermanos, que todavía no he concluido. Si me impedis que prosiga, os mostrais al mundo dispuestos á la injusticia, cerrando la boca al menor miembro de esta Asamblea. Continúo.

El apóstol San Pablo no hace mención, en ninguna de sus epístolas á las diferentes Iglesias, de la primacía de Pedro. Si esta primacía existiese; si, en una palabra, la Iglesia hubiese tenido una cabeza suprema dentro de sí, infalible en enseñanza, ¿podría el gran apóstol de los gentiles olvidarse de mencionarla? ¡Qué digo! mas probable es que hubiera escrito una larga epístola sobre esta importante materia. Entonces, cuando se erigió el edificio de la doctrina cristiana, ¿podría olvidarse, como lo hace, de la fundación de la clave del arco? Ahora bien, si no opinais que la Iglesia nunca fué más bella, más pura ni más santa que en los tiempos en que no hubo Papa. (No es verdad, no es verdad). No diga monseñor Laval no; si alguno de vosotros, mis venerables hermanos, se atreve á pensar que la Iglesia que hoy tiene un Papa por cabeza, es más firme en la fé, más pura en la moral que la Iglesia apostólica, dígalo abiertamente ante el Universo, puesto que este recinto es un centro desde el cual nuestras palabras vuelan de polo á polo. Prosigo.

Ni en los escritos de San Pablo, San Juan ó Santiago descubro traza alguna ó germen del poder Papal.

San Lucas, el historiador de los trabajos mi-

sioneros de los apóstoles, guarda silencio sobre este importantísimo punto. Y el silencio de estos hombres santos, cuyos escritos forman parte del cánon de las divinamente inspiradas Escrituras, nos parece tan difícil ó imposible, si Pedro fuese Papa, y tan inexcusable, como si Thiers escribiendo la historia de Bonaparte, omitiese el título de Emperador.

Veo delante de mí un miembro de la Asamblea que dice señalándome: ¡ahí está un obispo cismático que se ha introducido entre nosotros con falsa bandera. No, no, mis venerables hermanos, no he entrado en esta augusta Asamblea como un ladrón por la ventana, sino por la puerta como vosotros; mi título de obispo me dió derecho á ello así como mi conciencia cristiana me obliga á hablar y decir lo que creese la verdad.

Lo que más me ha sorprendido y se puede demostrar, es el silencio del mismo San Pedro. Si el apóstol fuese lo que proclamais que fué, es decir, Vicario de Jesucristo en la tierra, él, por lo menos, debiera saberlo. Si lo sabía, ¿cómo es que ni una sola vez obra como Papa? Podría haberlo hecho el día de Pentecostés, cuando predicó, y no lo hizo; en el Concilio de Jerusalén, y no lo hizo, en Antioquía, y no lo hizo; como tampoco lo hace en las dos epístolas que dirige á la Iglesia. ¿Podreis concebir tal Papa, mis venerables hermanos, si Pedro era Papa?

Resulta, pues, que si quereis mantener que fué Papa, la consecuencia natural es que él no lo sabía. Ahora pregunto á todo el que quiera pensar y reflexionar, ¿son posibles estas dos suposiciones? Digo, pues, que mientras los apóstoles vivieron, la Iglesia nunca creyó que había un Papa. Para mantener lo contrario sería necesario entregar las Sagradas Escrituras á las llamas é ignorarlas por completo.

Pero oigo decir por todos lados: Pues qué, ¿no estuvo San Pedro en Roma? ¿No fué crucificado con la cabeza á bajo? ¿No se conocen los lugares donde enseñó, y los altares donde dijo misa en esta ciudad eterna?

Que San Pedro haya estado en Roma, reposa, mis venerables hermanos, sólo sobre la tradición; mas, supuesto que hubiese sido obispo de Roma, ¿cómo podreis probar su episcopado por su presencia? Scaligero, uno de los hombres más eruditos, no vaciló en decir que el episcopado de San Pedro y su residencia en Roma deben clasificarse entre las leyendas ridículas. (Repetidos gritos: ¡tapadle la boca! ¡hacerle descender de esa cátedra!)

Venerables hermanos, estoy pronto á callarme; mas, ¿no sería mejor que en una Asamblea como la nuestra probar todas las cosas como manda el apóstol, y creer sólo lo que es bueno? Porque, mis venerables amigos, tenemos un dictador ante el cual todos debemos postrarnos y callar, hasta Su Santidad Pío IX, é inclinar la cabeza. Ese dictador es la historia; la cual no es una leyenda que se puede amoldar al modo que el alfarero modela barro, sino como un diamante que esculpe en el cristal palabras indelebiles. Hasta ahora me he apoyado solo en ella, y no encuentro vestigio alguno del Papado en los tiempos apostólicos; la falta es suya y no mía. ¿Queréis quizás colocarme en la posición de un acusado de mentira? Hacedlo, si podeis.

Oigo á la derecha estas palabras: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. (Mateo, 16 y 18). Contestaré á esta objeción luego, mis venerables hermanos: antes de hacerlo, deseo presentaros el resultado de mis investigaciones históricas.

No hallando ningún vestigio del Papa en los tiempos apostólicos, me dije á mí mismo: Quizás hallaré en los anales de la Iglesia lo que ando buscando. Pues bien, busqué al Papa en los cuatro primeros siglos, y no he podido dar con él.

Espero que ninguno de vosotros dudará de la gran autoridad del santo obispo de Hipona, el grande y el bendito San Agustín. Este piado-

so Doctor, honor y gloria de la Iglesia Católica, fué secretario en el Concilio de Metive. En los decretos de esta venerable Asamblea se hallan estas significativas palabras: «Todo el que apellare á los de la otra parte del mar, no será admitido á la comunión por ninguno en el Africa.» Los obispos de Africa reconocian tan poco al de Roma, que castigaban con excomuni6n á los que recurriesen á su arbitraje.

Estos mismos obispos en el sexto Concilio de Cartago, celebrado bajo Aurelio, que lo era de dicha ciudad, escribieron á Celestino, obispo de Roma, amonestándole que no recibiese apelaciones de los obispos, sacerdotes ó clérigos de Africa; que no enviase más legados y comisionados, y que no introdujese el orgullo humano en la Iglesia.

Que el Patriarca de Roma habia desde los primeros tiempos tratado de traer á sí toda autoridad, es un hecho evidente, como es otro hecho igualmente evidente que no poseia la supremacia que los ultramontanos le atribuyen. Si la poseyese ¿osarian los obispos de Africa, San Agustín entre ellos, prohibir apelaciones á los decretos de su supremo tribunal? Yo conozco, sin embargo, que el Patriarca de Roma ocupaba el primer puesto. Una de las leyes de Justiniano dice: «Mandamos conforme á la definición de los cuatro Concilios, que el santo Papa de la antigua Roma sea el segundo.» Inclínate, pues, á la soberanía del Papa, me direis.

No corrais tan presurosos á esa conclusión, mis venerables hermanos, pues la ley de Justiniano lleva escrito al frente: «Del orden de las leyes Patriarcales.» Precedencia es una cosa y poder de jurisdicción es otra, por ejemplo: Suponiendo que en Florencia se reuniese una Asamblea de todos los obispos del reino, la presidencia se daría naturalmente al primado de Florencia, así como á los Orientales se concedería al Patriarca de Constantinopla, y en Inglaterra al arzobispo de Cantorbery; pero ni el primero, ni el segundo, ni el tercero, podrian deducir de la asignada posición una jurisdicción sobre sus compañeros.

La importancia de los obispos de Roma procede, no de su poder divino, sino de la importancia de la ciudad donde está su sede. Monseñor Darboy no es superior en dignidad al arzobispo de Avignon; y no obstante, París le da una consideración, que no gozaría si, en vez de tener su palacio en las orillas del Sena, se hallare sobre el Ródano. Esto es verdadero en las gerarquías religiosas, como lo es también en materias civiles y políticas. El prefecto de Florencia no es más que un prefecto como el de Pisa; pero civil y políticamente, es de mayor importancia.

He dicho ya que desde los primeros siglos el Patriarca de Roma aspiraba al gobierno universal de la Iglesia, y desgraciadamente casi lo alcanzó; pero no consiguió por cierto sus pretensiones, pues el emperador Teodosio II hizo una ley que el Patriarca de Constantinopla tuviese la misma autoridad que el de Roma.

Los padres del Concilio de Calcedonia colocan á los obispos de la antigua y nueva Roma en la misma categoría, en todas las cosas, incluso las eclesiásticas.

El sexto Concilio de Cartago prohibió á todos los obispos se abrogasen el título de Pontífice de los obispos ú obispos soberanos.

En cuanto al título de obispo universal que los Papas se abrogaron más tarde, San Gregorio I, creyendo que sus sucesores nunca pensarían en adonarse con él, escribió estas palabras: «Ninguno de mis predecesores ha consentido en llevar este título profano, porque, cuando un Patriarca se abroga el nombre de universal, el carácter de patriarca sufre descrédito.» Lejos esté, pues, de los cristianos el deseo de darse un título que cause descrédito á sus hermanos.

San Gregorio dirigió estas palabras á su colega de Constantinopla, que pretendía hacerse

primado de la Iglesia. «No se le importe el título de universal que Juan ha tomado ilegalmente, y ninguno de los Patriarcas se abroga este título profano, porque, ¿cuántas desgracias no deberíamos esperar, si entre los sacerdotes se suscitasen tales ambiciones? Alcanzaríamos lo que se tiene predicho de ellos: «El es Rey de los hijos del orgullo.»

El Papa Pelagio II llama á Juan, obispo de Constantinopla, que aspiraba al sumo Pontificado «impío y profano.»

Estas autoridades, y podria citar cien más y de igual valor, ¿no prueban con una claridad semejante al resplandor del sol en medio día, que los primeros obispos de Roma no fueron reconocidos como obispos universales y cabezas de la Iglesia sino hasta tiempos muy posteriores? Y por otra parte, ¿quién no sabe que desde el año trescientos veinticinco, en que se celebró el primer Concilio ecuménico, de Constantinopla, entre más de mil ciento obispos que asistieron á los primeros seis Concilios generales, no se hallaron presentes más que diez y nueve obispos de Occidente?

¿Quién ignora que los Concilios fueron convocados por los Emperadores, sin siquiera informarles de ello, y frecuentemente hasta en oposición á los deseos del obispo de Roma? ¿Y que Osio, obispo de Córdoba, presidió en el primer Concilio de Nicea y redactó sus cánones. El mismo Osio presidió después el Concilio de Sardica, y excluyó el legado de Julio, obispo de Roma. No haré más citas, mis venerables hermanos, y paso á hablar del gran argumento á que se refirió anteriormente alguno de vosotros para restablecer el primado del obispo de Roma.

Por la roca (piedra) sobre que la Santa Iglesia está edificada, entedeis que es Pedro. Si esto fuera verdad, la disputa quedaria terminada; pero nuestros antecesores (y ciertamente debieron saber algo) no opinan sobre esto como nosotros.

San Cirilo, en su cuarto libro sobre la Trinidad dice: Creo que por la roca debeis entender la fé invariable de los Apóstoles, Iñario, obispo de Poitiers, en su segundo libro sobre la Trinidad, dice: «La roca (piedra), es la bendita y sola roca de la fe comparada por la boca de San Pedro.» Y en el sexto libro de la Trinidad, dice: «Es esta roca de la confesión de la fe sobre la que está edificada la Iglesia.» Dios, dice San Jerónimo en el sexto libro sobre San Mateo, ha fundado su Iglesia sobre esta roca, y es de esta roca, de la que el apóstol Pedro fué apellidado: «De conformidad con el San Crisóstomo dice en su homilia 55 sobre San Mateo: «Sobre esta roca edificaré mi Iglesia.» Es decir, sobre la fé de la confesión. Ahora bien, ¿cuál fué la confesión del Apóstol? Héla aquí: «Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo.»

Ambrosio el santo, arzobispo de Milán, sobre el segundo capítulo de la epístola á los Efesios, San Braulio de Selencio y los padres del Concilio de Calcedonia enseñan precisamente la misma doctrina.

Entre los doctores de la antigüedad cristiana San Agustín ocupa uno de los primeros puestos sobre su sabiduría y santidad. Oid, pues, lo que escribe sobre la primera epístola de San Juan: «¿Qué significan las palabras: edificaré mi Iglesia sobre esta roca? Sobre esta fé, sobre esto que me dices, tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo.»

En su tratado (124) sobre San Juan, encontramos esta muy significativa frase: «Sobre esta roca, que tú has confesado, edificaré mi Iglesia, puesto que Cristo mismo era la roca.»

El gran obispo creía tan poco que la Iglesia fuese edificada sobre San Pedro, que dijo á su grey en su sermón 13:

«Tú eres Pedro, y sobre esta roca (piedra), que tú has reconocido diciendo; tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo, edificaré mi Iglesia so-

bre mí mismo, que soy el hijo de Dios vivo, la edificaré y no yo sobre tí.»

Lo que San Agustín enseña sobre este célebre pasaje, era la opinión de todo el mundo cristiano en sus días; por consiguiente, resumo y establezco: primero que Jesús dió á sus apóstoles el mismo poder que á San Pedro; segundo, que los apóstoles nunca reconocieron en San Pedro el Vicario de Jesucristo y al infalible Doctor de la Iglesia; tercero, que el mismo Pedro nunca pensó ser Papa, ni obró nunca como si fuese Papa; cuarto, que los Concilios de los cuatro primeros siglos, cuando reconocían la alta posición que el obispo de Roma, ocupaba en la iglesia por motivo de Roma, tan sólo le otorgaban una preeminencia honorífica, nunca un poder y jurisdicción; quinto, que los santos padres en el famoso pasaje: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» Nunca entendieron que la Iglesia estaba edificaba sobre Pedro (super Petrum), sino sobre la roca, super Petrum, es decir, sobre la confesión de fé del apóstol.

Concluyo victoriosamente, conforme á la historia, la razón, la lógica, el buen sentido y la conciencia cristiana, que Jesucristo no dió supremacía alguna á San Pedro y que los obispos de Roma no se constituyeron soberanos de la Iglesia, sino confiscando uno por uno todos los derechos del episcopado. (Voces: ¡Silencio, insolente, protestante, silencio!)

¡No soy unprotestante insolente! ¡No, y mil veces no! La historia no es católica, ni anglicana, ni calvinista, ni luterana, ni arriana, ni griega cismática, ni ultramontana. Es lo que es, es decir, algo más poderoso que todas las confesiones de fe, que todos los cánones de los Concilios ecuménicos. ¡Escribid contra ellas si osáis hacerlo!... Mas no podréis destruirlas, como tampoco sacando un ladrillo del coliseo podríais hacerlo derribar. Si he dicho algo que la historia pruebe ser falso, enseñádmelo con la historia, y sin titubear un momento, haré la más completa apología. Mas, tened paciencia, y veréis que todavía no he dicho todo lo que quiero y puedo; si la pira fúnebre me aguardase en la plaza de San Pedro, no callaría, porque me siento precisado á proseguir.

Monseñor Dupanloup, en sus célebres observaciones sobre este Concilio del Vaticano, ha dicho, y con razón, que, si declaramos á Pio IX infalible, debemos necesariamente, de lógica natural, vernos precisados á mantener que todos sus predecesores eran también infalibles. Pues, venerables hermanos, aquí la historia levanta su voz con autoridad asegurándonos que algunos Papas erraron. Podéis protestar sobre esto ó negarlo, si así os place; mas yo lo aprobaré.

El Papa Víctor I, en 129 aprobó el Montanismo, y después lo condenó.

Marceliano (226 á 303) era un idólatra. Entró en el templo de Vesta, y ofreció incienso á la Diosa. Direis quizás que fué un acto de debilidad, á lo cual contesto: Un Vicario de Jesucristo muere, mas no se hace apóstata.» Liborio (358) consintió en la condenación de Atanasio, y después hizo profesión de arrianismo para lograr que se le revocase el destierro y se le restituyese su sede.

Onorio (625) se adhirió al monotheísmo. El padre Gratry lo ha probado hasta la evidencia.

Gregorio I (578 á 590) llama Antecristo á cualquiera que se diese el nombre de obispo universal; y al contrario, Bonifacio III (607) persuadió al emperador parricida Phocas á conferirle dicho título.

Pascual II (1038 á 1089) y Eugenio III (1145 á 1153) autorizaron los desafíos, mientras que Julio II (1509) y Pio IV (1560) los prohibieron.

Eugenio IV (1431) aprobó el Concilio de Basilea y la restitución del cáliz á la Iglesia de Bohemia, y Pio II (1456) revocó la concesión.

Adriano II (867) declaró el matrimonio civil válido; pero Pio VII (1800 á 1823) lo condenó.

Sixto V (1585 á 1590) publicó una edición de la Biblia y en una bula recomendó su lectura que luego Pio VII condenó.

Clemente XIV (1700 á 1721) abolió la compañía de los jesuitas, permitida por Pablo III y Pio VII la restableció.

Mas ¿á qué buscar pruebas tan remotas?

¿No ha hecho otro tanto nuestro santo Padre que está aquí presente, en su bula dando reglas para este mismo Concilio, en el caso de que muriese mientras se halla reunido, revocando todo cuanto de los tiempos fuere contrario á ello, aun cuando procediese de las decisiones de sus predecesores? Y ciertamente, si Pio IX ha hablado ex-cátedra, impondría desde el fondo de su sepulcro su voluntad á los soberanos de la Iglesia?

Nunca concluiría, mis venerables hermanos, si tratase de presentar á vuestra vista las contradicciones de los Papas en sus enseñanzas. Por lo tanto, si proclamais la infalibilidad del Papa actual, ó bien tendreis que probar que los Papas nunca se contradijeron, lo cual es imposible, ó bien tendreis que declarar que el Espíritu Santo os ha revelado que la infalibilidad del Papado sólo data de 1870: ¿Sois bastante osados para hacer esto?

Quizás los pueblos estén indiferentes y dejen pasar cuestiones teológicas que no entienden y cuya importancia no ven; pero aun cuando sean indiferentes para los principios, no lo son en cuanto á los hechos. Pues bien, no os engaíais; si declarais el dogma de la infalibilidad papal, los protestantes, nuestros adversarios, montarán la brecha con tanta más bravura cuanto que tienen la historia á su lado, mientras que nosotros solo tenemos una abnegación que oponerles. ¿Qué les diremos cuando escriban á todos los obispos de Roma, desde los días de Lucas hasta Su Santidad Pio IX? ¡Ah! Si todos hubieren sido como Pio IX triunfariamos en toda la línea, mas desgraciadamente no es así. (Gritos, silencio, silencio; basta basta).

No griteis, monseñores; temed á la historia, es confesores derrotados; y aun si pudiérais, borrar una de sus páginas.

Dejadme hablar y seré tan breve como sea posible en este importantísimo asunto.

El Papa Virgilio (538), compró el Papado de Belisario teniente del emperador Justiniano.

Verdad es que compró su promesa y nunca pagó. ¿Es esta una manera canónica de ceñirse la tiara? El segundo Concilio de Calcedonia la condenó formalmente. En uno de sus cánones se lee: «El obispo que obtenga su episcopado por dinero, lo perderá y será degradado.»

El Papa Eugenio III (1548) imitó á Virgilio. San Bernardo, la estrella billante de su tiempo, respondió al Papa, diciéndole: «Podéis enseñarme en esta gran ciudad de Roma alguno que os haya recibido por Papa sin haber recibido oro ó plata por ello.» Mis venerables hermanos; ¿será Papa el que establece un tráfico á las puertas del templo del Espíritu Santo? ¿Tendrá derecho alguno de enseñar á la Iglesia la infalibilidad?

Conoceis la historia de Formoso demasiado bien para que yo deba añadir nada. Estéban VI hizo exhumar su cuerpo, vestido con ropas pontificales; mandó cortar los dedos con que acostumbraba á dar la bendición y después ordenó arrojarlo al Tiber, declarando que era un perjuro é ilegítimo. Entonces el pueblo aprisionó á Estéban, lo envenenó y lo agarraron. Pero luego Romano, sucesor de Estéban, y tras él, Juan Diez, rehabilitaron la memoria de Formoso.

Quizás me direis: esas son fábulas, no historias... ¿Fábulas? Id, monseñores, á la librería del Vaticano y leer á Plotino, el historiador del Papado, y los anales de Baronio (A. D. 897 (1)). Estos son hechos que, por honor á la santa Sede, desearíamos ignorar; mas, cuando se trata de definir un dogma que podrá provocar un gran

(1) Se refiere á los estantes y legajos de la biblioteca del Vaticano.

cisma entre nosotros, el amor que abrigamos hacia nuestra venerable madre la Iglesia católica apostólica y romana. ¿Deberá imponernos silencio? Prosigo.

El erudito cardenal Varonio hablando de la corte papal, dice: (prestad atención, mis venerables hermanos á estas palabras): «¿Qué parecía la Iglesia romana en aquellos tiempos? ¡Qué infamia! Solo los poderosísimos cortesanos gobernaban en Roma. Eran ellos los que daban, cambiaban y se tomaban obispados, y ¡horrible es relatarlo! hacían á sus amantes los falsos Papas subir al trono de San Pedro.» (Baronio. Z. D. 912).

Me contestareis; esos eran Papas falsos, no los verdaderos. Sea así; más en ese caso, si por cincuenta años la Sede de Roma se halló ocupada por anti-Papas ¿cómo podéis reanudar el hilo de la sucesión papal? ¡Pues qué! ¿Ha podido la Iglesia existir siglo y medio sin cabeza acifala? Notad bien que la mayor parte de estos anti-Papas se ven en el árbol genealógico del Papado, y seguramente son estos los que describe Baronio; porque, aun Senebrardo, el gran adulator de los Papas se atrevió á decir en sus crónicas (A. D. 905): «Este centenario fué desagradecido, puesto que cerca de 150 años los Papas han caído de las virtudes de sus predecesores, y se han hecho apóstatas más bien que apóstoles.»

Bien comprendo cómo el ilustre Baronio se avergonzaba al narrar los actos de esos obispos romanos. Hablando de Juan XII (981), hijo natural del Papa Sergio y de Marozia, escribe estas palabras en sus anales: «La santa Iglesia, es decir, la romana, ha sido vilmente atropellada por un mónstruo, Juan XII (956), que elegido Papa á la edad de 18 años mediante la influencia de cortesanos, en nada fué mejor que su predecesor.»

Me desagrada, mis venerables hermanos, tener que remover tanta suciedad.

Me callo sobre Alejandro VI, padre y amante de Lucrecia; doy la espalda á Juan XXII (1316) que negó la inmortalidad del alma, y fué depuesto por el Concilio de Constanza.

Algunos mantendrán que este Concilio fué sólo privado. Pero, si le negais toda autoridad, debereis mantener, como consecuencia lógica, que el nombramiento de Martin V (1417) era ilegal. Entonces á donde va á parar la sucesión papal? ¿Podéis hallar su hilo?

No hablo de los cismas que han deshonrado á la Iglesia. En esos desgraciados tiempos la sede de Roma se hallaba ocupada por dos, y á veces hasta por tres competidores. ¿Quién de estos era el verdadero Papa?

Resumiendo. Una vez más vuelvo á decir que si decretais la infalibilidad de todos los anteriores, sin excluir á ninguno, ¿Podéis hacer esto cuando la historia está ahí probando con una claridad igual á la del sol que los Papas han errado en sus enseñanzas? ¿Podéis hacerlo, y sostener que Papas avaros, incestuosos, homicidas, simoniacos, han sido Vicarios de Jesucristo? ¡Ay, venerables hermanos; mantener tal enormidad sería hacer traición á Cristo! ¡Peor que Judas! Sería echarle suciedad á la cara. (Gritos: ¡abajo de la cátedra! ¡pronto! ¡cerrar la boca del hereje!)

Mis venerables hermanos, estais gritando, y ¿no sería más digno pesar mis razones y mis palabras en la balanza del Santuario? Creedme; la historia no puede hacerse de nuevo; ahí está, y permanecerá por toda la eternidad protestando enérgicamente contra el dogma de la infalibilidad Papal. Podéis declararlo unánimes; pero faltará un voto, que será el mío.

Los verdaderos fieles, monseñores, tienen los ojos fijos en nosotros, esperando algún remedio para los innumerables males que deshonran á la Iglesia; ¿desvaneceréis sus esperanzas? ¿Cuán no será nuestra responsabilidad ante Dios, si dejamos pasar esta solemne ocasión, que Dios nos ha dado para deparar la verdadera fe? Abracé-

mosla, mis hermanos, armémonos de ánimo santo; hagamos un supremo y poderoso esfuerzo; volvamos á la doctrina de los apóstoles puesto que fuera de ella no hay más que errores, tinieblas y tradiciones falsas. Aprovechémonos de nuestra razón é inteligencia, tomando á los apóstoles y profetas por nuestros únicos maestros en cuestión de las cuestiones. ¿Qué deba hacer para ser salvo? Cuando hallamos resuelto esto, habremos puesto el fundamento de nuestro sistema dogmático.

Firmes é inmóviles como la roca, constante é incorruptible en las divinamente inspiradas Escrituras; lleno de confianza, iremos ante el mundo, y como el apóstol San Pablo en presencia de los libre-pensadores, no reconocemos «A nadie más que á Jesucristo el crucificado.» Conquistaremos mediante la predicación del martirio de la Cruzada, así como San Pablo conquistó á los sabios de la Grecia y Roma, y la Iglesia romana tendría su glorioso 89. (Gritos clamorosos: ¡Bájate! ¡Fuera el protestante! ¡Fuera el calvinista! ¡el traidor de la Iglesia!)

Vuestros gritos, monseñores, no me atemorizan. Si mis palabras son calorosas, mi cabeza está serena. Yo no soy de Lutero, ni de Calvino, ni de Pablo, ni de los Apóstoles, pero sí de Cristo. (Renovados gritos: ¡Anatema! ¡Anatema al apóstata!)

¡Anatema, monseñores, anatema! Bien sabéis que no estais protestando contra mí, sino contra los santos apóstoles; bajo cuya protección desearía de este Concilio colocase la Iglesia. ¡Ah! Si cubiertos con sus mortajas saliesen de sus tumbas, ¿hablarían de una manera diferente á la mía? ¿Qué les diríais, cuando prueban sus escritos que el Papado se ha apartado del Evangelio del hijo de Dios, que ellos predicaron y confirmaron tan generosamente con su sangre?

¿Os atreveríais á decirles: proferimos las doctrinas de nuestros Papas, de nuestros Belarminos, nuestros Ignacio de Loyola, á la vuestra? ¡No, y mil veces no! á no ser que hayais cerrado vuestros oídos para no oír, cubiertos vuestros ojos para no ver, y envotado vuestra mente para no entender.

¡Ah! Si el que reina arriba quiere castigarnos, haciendo caer pesadamente su mano sobre nosotros como lo hizo con Faraón, no necesita permitir á los soldados de Garibaldi que nos arrojen de la ciudad eterna; bastaría ¡ con dejar u hagais á Pio IX un Dios, así como se ha hecho una diosa de la bienaventurada Virgen.

Deteneos, deteneos, venerables hermanos, en el odioso y ridículo precipicio en que os habeis colocado. Salvar á la Iglesia del naufragio que la amenaza, buscando en las Sagradas Escrituras solamente la regla de la fe, que debemos creer y profesar. ¡Dignese Dios asistirme!»

III.

Nada más elocuente que las palabras del sabio prelado de Strossmayer. Sus afirmaciones hicieron palidecer á los congregados en San Pedro de Roma, y su razonamiento era tan contundente, que no hubo teólogo ni *ergotista* que pudiese contestar. Por esto pedían todos los prelados que «tapasen la boca al sabio obispo y anatematizasen al apóstata»; por que siendo el pensador más profundo que habló en el Concilio, habiendo deshecho los moldes estrechos en que se habían vaciado los demás oradores, supo decir la verdad, augurando los males que al papado amenazaba con imponerle un nuevo dogma, en los mismos días en que iba á morir el poder temporal de la Iglesia.

Pero los congregados en San Pedro de Roma, estaban ciegos de soberbia, ó hinchados de vanidad, cuando no prestaron oídos al sabio obispo de Strossmayer.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

BELLA POESIA

Nuestro querido amigo el Sr. D. Francisco Lainfiesta que se ha conquistado en Guatemala, su país, una reputación tan justa como envidiable de hábil estadista y escritor distinguido, tiene también títulos no menos legítimos á figurar entre los buenos poetas centro-americanos. En su día dedicaremos algunas líneas al tomo de bellísimos versos que publicó en Guatemala, hoy nos contentaremos con la reproducción en LA AMÉRICA de una de sus más inspiradas composiciones poéticas; la dedicada al célebre cantor del Niágara.

Héla aquí:

AL POETA CUBANO

JOSE MARIA HEREDIA

(CANTOR DEL NIÁGARA)

¡Celeste bardo del undoso Niágara!
¡Hijo preclaro de la ardiente Cuba!
¡Apacible cantor!... Si de tu espíritu
El soplo generoso, acariciado
Por las auras del Eter se columpia
Cual límpido celaje de la tarde
Suspenso en el azul... Si allí tranquilo
Léjos del mundo y de la hiel ingrata
Que de tu vida la carrera hermosa
En flor envenenó... Si bajo el fuego
De ese sol ardoroso de tus cantos,
Aun se desliza, placentera y suave,
La excelsa melodía que en un tiempo,
Ya bajo el todo espléndido del bosque
O de la mar en la candente playa,
De tu voz inmortal se desparcía
En queja indefinible... Si recuerdas
La férvida impresión que en tus cantares
El Niágara selló, cuando á su vista
Loco de afán y en celestial zozobra,
A la sirte rugiente arrebatabas
Su misma voz para pintar con ella
Y entre el fragor del hondo precipicio
Majestuosa se eleva y resplandece
Con aspecto triunfal, como se eleva
Y resplandece en voluptuoso giro
La mariposa de pintadas alas
Al desligarse del recinto imundo
Que á rastroero existir la compaña...
Así tu voz sobre el bramar terrible
Del Niágara tonante en el desborde
Salvó el tumulto y levantóse al cielo
Fuerte y sonora cual la voz del rayo,
Que lo enmudece y lo domina todo.

Si ¡Heredia! si... por tu canción hermosa,
El férvido raudal puso á mis ojos
Su cuadro animador... Vi deslizarse
La masa tronadora hacia el abismo,
Replegarse en los bordes y azorada
Salvar el caos, desatando al viento
Su blanca y vaporosa cabellera...
La ví saltar, bullir, estremecerse,
Forcejear en la sima y desplegarse
En mil brazos y mil, bajo el azote
Del inmenso cristal que en giro eterno,
Con ímpetu feroz resuelve el fondo
Sin dar tregua ni paz!... De la caverna
Escuché con pavor el furibundo
Continuo retronar; y en los contornos
La belleza admiré de los paisajes
Que el pincel de tu voz me regalara...
Mas ¡ay! cual tú de las énhuestas palmas
No hallé el turbante rumoroso y bello
Que diera en Cuba á su cantor sublime
Contento y sombra, inspiración y vida.

Oigo en la voz de la cascada el eco
De tu gloria inmortal; y si mi canto
Pudiera elevar... ¡oh! cantaría
Con el Niágara hundoso eternamente...
La maravilla del suntuoso abismo...
Si el eco triste de mi voz, cruzando
La cuenca pavorosa de la nada,
Llegare á tu mansión...; óyelo y tiende
Tus alas de zafir...; á mi plegaria
Responde generoso y de tu aliento,
De tu aliento de fuego, una vislumbre
Me ampare, sí, para admirar contigo
El Niágara imponente... Vigorosa
Sosténgame tu mano sí en la orilla

Vacilare mi pié... ¡vamos! ya escucho
Rebramar á lo léjos, desatado,
El líquido cristal que despedaza
La tromba mujidora... ¡Del abismo
Ya contemplo el turbión; y entre la bruma
Del velo vaporoso, conmoveerse,
Cual nido serpentino, los raudales
De la ancha mole que las furias peinan...
Bajo mis piés, ya trémulo se agita
El muro de la cóncava estridente...
¡Ya estoy sobre el abismo! y de mi lengua
Enmudece la voz... y en mis oídos,
Ruge la tempestad que el arco inmenso
Del Niágara sublime, allá en el fondo
Desata furibundo, al sepultarse
Bajo la espuma de la hirviente sima!...

Surge á mi vista la ligera nube
Que en polvo de cristal al cielo envía
La destrozada comba del gigante:
Vistela el iris sus colores bellos.

FRANCISCO LAINFIESTA.

EL HIERRO

Importantísimo este cuerpo bajo todos los conceptos, es de necesidad que ocupe la atención del dominio público para que este se fije detenidamente tanto en metalurgia, como en las demás propiedades que le caracterizan resolviendo de este modo muchos de los problemas económicos que se presentan en la vida práctica.

Acostumbrados de antiguo á prestar nuestro asentimiento á cuanto procede de afuera, casi siempre nos hemos cuidado más de la forma dejando el estudio y aplicación de los principios para aquellos que más afortunados nos han hecho admirar con sus poderosas máquinas las creaciones de sus industrias y los adelantos de sus propios países. Así, mientras que Inglaterra, Francia y otras naciones han conseguido el aplauso universal haciendo grandes transacciones con todos los mercados del mundo, España háse concretado al papel de simple mercader apesar de tener un suelo de suyo fecundo cual lo prueban el sin número de minas cuya explotación en su mayor parte, se halla confiada á extranjeras capitales.

Ya el docto cuerpo de minas, en sus revistas profesionales, ha encarecido en más de una ocasión, la necesidad de dar desarrollo á las industrias mineras y ha demostrado en sus luminosas estadísticas, los terrenos esencialmente ferruginosos de los que podía obtenerse gran partido, previa la protección de los gobiernos y particulares, que más dados á la rutina que á los ensayos difícilmente en momentos de trascendencia, se atreven á salir de su crónica indolencia.

Hace muy poco tiempo que uno de los «Diarios» de esta corte consignaba en sus columnas la opinión de un respetable sabio extranjero respecto á la importancia futura del Aluminio como llamado á sustituir á un grupo de metales muy conocidos en el día, fundándose en la profusión con que se halla esparcido por la naturaleza acompañando á las arcillas y pizarras como elemento esencial. Las Memorias que acerca de este cuerpo publicó Deville por los años de 1854 y 56, hicieron concebir análogas esperanzas hasta tal punto, que el mismo Napoleón III estableció por su cuenta una fábrica, no lejos de Paris, para la obtención del aluminio, pero es lo cierto que más tarde fué abandonada, tal vez por lo costosa de su preparación ó por la falta de rendimientos, no existiendo actualmente más que dos fábricas en la comarca de Ruan y alguna que otra en Inglaterra, calculándose su producción aproximadamente en unos 2.000 kilogramos repartidos entre las dos naciones. Comparada esta producción con la del hierro, se deduce que es escasísima, si bien hemos de convenir en que efectivamente el aluminio goza de propiedades muy recomendables de que carece el hierro y que por lo tanto el día que pueda obtenerse á un precio moderado será llamado á hacer una nueva resolución en la industria.

Ahora bien, siendo nuestro objeto hacer la biografía del cuerpo que sirve de epígrafe á estos renglones, hemos de prescindir por el momento de ciertas consideraciones, dando á conocer á nuestros lectores, las diferentes fases de su metalurgia, estado en la naturaleza y múltiples aplicaciones. La palabra «metalurgia» tan usada en todo lo que á metales se refiere deja comprender inmediatamente su valor, sin más que fijarse en la estructura del significado, de suerte que con esta denominación se viene á expresar el conjunto de operaciones, procedimientos mecánicos y químicos en virtud de los que se preparan los metales al estado que la industria los reclama; por manera, que todas las operaciones hechas con el hierro hasta obtenerlo definitivamente, se clasifican con el nombre genérico de Metalurgia del Hierro.

Pocos son los metales que se encuentran al estado nativo en el seno del reino mineral siendo precisamente el que nos ocupa de los que jamás se encuentran solos apesar de ocupar puesto tan preferente por sus condiciones é historia. Difícil sería hacer una reseña siquiera aproximada de todos los cuerpos que le acompañan; pues basta decir que no hay metal cuyos compuestos sean tan abundantes y tan diferente, hallándose en nuestro organismo como elemento vital, en la atmósfera desprendido con los areolitos, en un sin número de rocas como principio accesorio y en suma hasta en las cenizas de los vegetales, formando por sí solo el principio colorante del mundo mineral.

Dada su asociación con tan diferentes cuerpos, su metalurgia debe responder á condiciones especiales, descendiendo por lo tanto, para hacer la separación á aquellos que le contengan en mayor cantidad y de fácil explotación. A estas asociaciones naturales que tanto interesa conocer al minero, es á lo que se da el nombre de *menas* y se comprende que en todas ellas existe la parte aprovechable ó que se beneficia y la ganga ó roca estéril.

El hierro se encuentra en las menas combinado siempre con el oxígeno en diferentes estados, y á estas, que podemos llamar combinaciones oxigenadas es donde se recurre para la obtención y fabricación en alta escala, siendo importantísimo el conocimiento de su situación y la proporción de hierro que cada una puede suministrar.

Atendiendo á la tan celebrada frase de los alquimistas «nemo dat quod non habet», claro está, que no hemos de buscar hierro donde no existe y si bien nos encontramos con algunos individuos minerales que le contienen, como son los gneis, granitos, cuarzos y pizarras, sin embargo, como la obtención ha de estar en relación con la fabricación, de aquí el que se prescinda de dichos cuerpos considerados aisladamente, y se busque como queda dicho en las menas.

A ocho se reducen principalmente los grandes yacimientos del hierro esparcidos en la capa sólida de nuestro planeta, siendo estos:

1.º La «mena del hierro oxidado magnético» la más rica de todas, cuya producción se calcula en 72 por 100 de hierro, hallándose distribuida por el extremo norte de nuestra península, en unión de piratas de cobre, apatito y galena, conteniendo también muy buenos depósitos de esta clase, Suecia y Dinamarca.

2.º La «hematites oscura y roja, hierro oligisto» en forma de hidrato de óxido la primera y de óxido básico la segunda, caracterizándose sus variedades por el color rojo más ó menos oscuro, encontrándose casi en toda Alemania, dando un 68 por 100 de hierro. En nuestra península la tenemos acompañando á los terrenos antiguos y de transición, á los granitos, arcillas y cales. Sus productos se manifiestan bajo formas muy distintas hasta tal punto, que la hematites oscura aparece en forma de esfera hueca más ó menos regular habiendo nacido entre los antiguos la preocupación de que todas las piedras de esta clase halladas en el nido de un águila, tenían la vir-

tud de librar de malhechores preluendo buen parto á las mujeres.

3.º La «del hierro espático ó mena acerosa» quizá la más abundante, pues se halla en todos los terrenos carboníferos, en masas cristalinas y remiformes dando de un 48 á un 50 por 100 de hierro.

4.º La «metamorfosis de la tercera» esto es, el cambio producido en el hierro espático por los agentes atmosféricos, como son aire húmedo y ácido carbónico, cuya producción no alcanza la cifra que las anteriores.

5.º La «del terreno jurásico y diluvial» presentándose sus productos en forma de esferas y glóbulos, encontrándose con frecuencia en esta clase de terreno y á la orilla de los ríos.

6.º La «limonita» ó sea la mena de las lagunas, prados y pantanos, de color verde de limón, teniendo empleo muy razonado en las fundiciones.

7.º La «dedicada á la extracción del zinc ó por otro nombre Franklinita» muy poco conocida en nuestro país y más propia de la América septentrional.

Y 8.º La «del hierro titinado» en la que se encuentra el hierro en unión del titanio alcanzando escasa importancia.

Tales son en suma las grandes fuentes ó depósitos que en forma de capas, vetas y filones presenta el hierro.

Al consignar el segundo depósito, decíamos que la hematites oscura, se hallaba en hidrato de óxido, entendiéndose como tal el acto de hallarse combinada con el agua, por cuya razón merecía el nombre de hidrato.

DANIEL RODRÍGUEZ.

(Se continuará)

DANTE

Dante nació el 27 de Mayo de 1265, en el municipio de Florencia, que en esta época era una República soberana, bajo la alta protección del emperador, jefe del santo imperio romano-germánico.

El bisabuelo de Dante, Caciaguida, había casado con una mujer de la familia lombarda de los Alligieri de Ferrara, cuya nobleza germánica pasaba por ser más antigua que la de la familia toscana de su esposo, y no fué el padre, conforme al uso, sino la madre quien transmitió su nombre de familia, el de Alligieri á los descendientes de Caciaguida, que por haber sido caballero del emperador, su descendiente Dante, era dos veces noble.

Dotado de un exterior agradable, pero de un carácter serio y de un temperamento melancólico, mostró desde su juventud, una frugalidad espartana, y un estoicismo rígido, y una aptitud maravillosa para todo género de trabajos intelectuales.

A pesar de las apariencias de frialdad de carácter, poseía un alma ardiente, un corazón afectuoso, y un espíritu eminentemente delicado, y apasionado del ideal.

Como su amigo el pintor Giotto, él se recreaba en dibujar ángeles de una expresión pura y celeste, y como su otro amigo, el músico Casella, cantaba también con traspases de inspirado estilo; mas cultivaba con predilección la ciencia y la filosofía, cuyas tendencias se reflejan en todas sus obras y en la poesía didáctica.

Adolescente, compuso desde luego poesías amorosas, imitadas de los trovadores provenzales, y este poeta de diez y ocho años, fué uno de los primeros en concebir lo que él llamó *intelletto d'amore*; es decir, la *esencia del verdadero amor*, del amor espiritualista, y eligió de preferencia, como objeto de su amor platónico y de sus poesías espiritualistas, á *Beatriz*, la hija de Portinasi.

Las memorias que este poeta ha publicado á la edad de treinta años, y que mitad historia, mitad ficción, cuentan las circunstancias verdaderas ó supuestas, que han dado lugar á las poesías destinadas á celebrar á *Beatriz*, se titulan la *Vida nueva*, la *Vita nuova*.

Beatriz no era para Dante un amor ordinario, sino su guía espiritual, la causa de su beatitud terrestres y eternas.

En 1287, á la edad de 21 años, contrajo su enlace con el caballero Simón de Bardi, y este casamiento no disminuyó en nada el culto que esta dama inspiraba á Dante, sino que engrandeció á sus ojos el mérito de *Beatriz*, por la influencia eficaz, que en su estado de casada, ejercía por su ejemplo sobre el espíritu y el corazón de las damas de su conocimiento.

Beatriz murió tres años después, el 9 de Junio de 1290, á la edad de 24 años. ¡Qué castrofe para el joven poeta! Pero él no la lloró con el acento desgarrador de un amante desesperado, sintiendo la pérdida irreparable en toda su profundidad para su vida moral de poeta; deploró su muerte, considerándola como una calamidad, no solamente para él, sino para la ciudad, que perdía en *Beatriz* su esplendor y su gloria.

Dante, para distraer su dolor, se consagró al estudio de las ciencias naturales, de la filosofía y de la teología; viajó por Italia, Francia y Alemania, desempeñando diferentes misiones diplomáticas en el interés de la República de Florencia.

A la edad de 26 años, Alligieri se casó con Gemma, hija de Manetto de Donato, y se unió por este casamiento á una de las familias de la más antigua nobleza.

En una de sus obras en prosa, titulada el *Banquete*, *Convito*, en el segundo periodo de su juventud poética, refiere «que se había enamorado de la muy bella y muy humilde hija del emperador del universo, á la que Pitágoras había dado el nombre de *Filosofía*».

Dante cesó de componer poesías líricas en honor de la sabiduría humana, y pensó de nuevo su amor por *Beatriz*, trasfigurada en su pensamiento en genio del cristianismo.

Sus cantos dirigidos á la filosofía, traspasan con frecuencia los límites extraños de la poesía, para perderse en las regiones metafísicas ó de la meditación contemplativa. En la tercera expansión de su genio, enamorado á la vez de la poesía y de la filosofía, Dante emprendió la tarea de mostrar en un poema didáctico, enciclopédico, resumen de todas las ciencias, que éstas y los símbolos de las diferentes virtudes rendían su homenaje á *Beatriz* ó la encarnación del cristianismo, haciendo brotar sobre la humanidad su idea luminosa, su caridad angélica y sus doctrinas consoladoras.

Habia terminado siete cantos en versos latinos, en el momento que Dante, en el año 1300, iba á tomar parte en los negocios públicos. Sus luchas políticas y su destierro, que fué la consecuencia, no sólo no impidieron al autor acabar su poema latino, sino que resolvió rehacerlo en lengua vulgar, con un plan más vasto, más interesante y más poético. Así concibió y desarrolló el inmortal poema *La Comedia Divina*.

La Comedia Divina, según la intención del autor, debía enseñar á los florentinos, á los italianos, á todos los pueblos cristianos, los verdaderos principios del orden moral, social y político; principios encerrados en el Evangelio, y solo capaces de procurar á los que los practicasen la felicidad temporal y la felicidad eterna.

Las causas que impulsaron al poeta á exponer estos principios de un poeta didáctico, fueron el estado político deplorable de Florencia y de Italia, desgarradas por las facciones; la lucha que Dante se vió obligado á sostener contra estos partidos, y en la cual él sucumbió; en fin, las desgracias de su destierro, y por consecuencia su vivo deseo de ver entrar la cristiandad, su patria y él mismo, en la justicia, en el orden legítimo, en la paz y en la prosperidad.

En la edición en 1516, la obra de Dante fué titulada la *Comedia divina*; los principios morales, sociales y políticos que contiene, son la condecoración del estado político, social y religioso de su tiempo, y sus doctrinas no pueden ser aceptadas generalmente por la ciencia crítica del siglo XIX sino bajo beneficio de inventario.

Hay que advertir que en Alligieri, como en todos los grandes escritores, al lado de las ideas, de las pasiones y de los errores transitorios de su época, resaltan verdades eternas, filosóficas, morales, religiosas y bellezas poéticas inmortales.

Porque este poeta no fué solamente un genio, sino un hombre grande por su carácter elevado y su fuerte conciencia moral.

El cuadro de la *Divina comedia* es más vasto que el recinto de una ciudad. Dante no escribía para los florentinos solamente; él no cantaba, como los poetas antiguos, la leyenda de un pueblo ó de una raza; él compuso el poema de la humanidad.

Revive en su obra la vieja ciudad de Florencia con sus tradiciones caballerescas, con su actividad democrática, con las luchas furiosas de los negros y de los blancos, con el principio de corrupción que introdujo la riqueza comercial, con el primer impulso que tomaron las ciencias y las artes en un renacimiento anticipado, con todas sus pasiones, con todos sus crímenes mezclados de grandes virtudes y de abnegaciones heroicas.

No olvida á Cimabué, á Giotto, á Guido Cavalcanti, el profesor del platonismo, al magnánimo Farinata, al sabio Brunetto Latini, ni al infame Ciaccio ni al orgulloso Felipe Argente.

En lo más fuerte de las cóleras y de las violencias de Alligieri, se admira su inmenso amor por los hombres, y cómo la necesidad de conducirlos á la ventura por el camino de la virtud y de la fe.

Para hacer comprender la concepción general del grandioso poema de Dante, importa explicar en breves frases, y en otro artículo, cuál ha sido en su tiempo el estado social y político de Italia y de Florencia.

Conviene además mostrar igualmente en teoría y en la aplicación, el sistema gubernamental del gran poeta y del gran ciudadano.

II

En la antigüedad, las ciudades italianas eran municipios, más ó menos democráticos, que gozaban de ciertas libertades, bajo la autoridad política de Roma.

Desde el imperio de Carlo Magno, en la Edad Media, la independencia nacional de los municipios fué destruida por la conquista y la dominación germánica, que los poseyó como feudos.

Entonces lucharon en Italia dos partidos políticos: el feudal ó extranjero, representado por los nombres y los obispos adheridos al emperador, y el partido nacional, democrático, representado por la clase media.

Pero los papas, á fin de crearse auxiliares contra el emperador, protegieron al partido nacional, y en algunas municipalidades, los gúelfos, ó los partidarios del Papa, se unieron temporalmente con los patriotas defensores de las libertades municipales.

El emperador de Alemania, inspirado por una hábil política, convocó el 11 de Junio de 1183 un Congreso en Constanza, y otorgó la libertad á los municipios feudales, no reservándose sobre ellos más que algunos derechos de soberanía.

Las municipalidades se declararon amigas del emperador, y las que estaban bajo la dominación de los obispos abandonaron los intereses del Papa é hicieron causa común con los gibelinos.

Pero los nombres feudatarios y los obispos, no reanudaron á sus antiguos derechos feudales, y estalló una lucha encarnizada que duró más de un siglo entre los sostenedores de odiosos privilegios y las ciudades libres.

Pero estos vencedores forzaron á la nobleza urbana á hacer actos de sumisión, abandonando sus castillos señoriales para establecerse en el recinto de la municipalidad, y la de Florencia fué más lejos todavía; decretó que ningún habitante del municipio tendría acceso á las funciones públicas, si no se inscribía en la matrícula de artes y oficios.

Así la práctica del gobierno, ó lo que se llamaba la libertad, no pertenecía sino á los

que por el ejercicio de algún arte ú oficio, sabían ser útiles al municipio.

Dante, que comprendía los signos del tiempo, dos veces noble, se inscribió en la matrícula como médico farmacéutico, abrazando libremente la causa democrática de la municipalidad, á la que permaneció fiel hasta su muerte.

Largos años ensangrentaron las calles de Florencia, escenas de tumulto y de asesinato entre las familias nobles, divididas entre ellas por celosas rivalidades é intereses personales.

Los *Donati* eran los jefes de lo que se denominaba partido *negro*, y los *Cerchi*, del partido *blanco*. Los primeros representaban el espíritu de dominación de la antigua nobleza urbana feudal, y los otros á los nuevos gentiles-hombres, campesinos, que la República había obligado á establecerse en el recinto de la municipalidad.

Los *Donati* se habían empobrecido por sus prodigalidades en la ciudad; los *Cerchi*, al contrario, conservaban sus riquezas, adquiridas por su economía en el campo.

En tan azarosas circunstancias Dante, á la edad de treinta y cinco años, conocido como poeta trovador, y por sus misiones diplomáticas en el extranjero, fué elegido, en el año 1300, por la clase media reconocida, uno de los seis magistrados supremos del municipio.

De concierto con sus colegas, adoptó una resolución decisiva para destruir los desórdenes que afligían á la República, relegando fuera del territorio de la ciudad á los promovedores de motines sangrientos, *blancos y negros*, principalmente al más faccioso entre ellos, el jefe de los *negros*, el barón Corso.

Los dos partidos de la nobleza se coligaron con el rey de Francia, Felipe el Hermoso, que envió á Italia á probar fortuna á su hermano, un príncipe aventurero, Carlos de Valois, é intrigaron también en Roma, para obtener la protección del Papa.

Con objeto de destruir sus intrigas. Dante fué enviado como embajador de la República cerca de Bonifacio VII, que manifestó al poeta afecto aparente, porque alentaban al aventurero Carlos, á quien dió sus instrucciones, y presentándose delante de Florencia, por la traición de los blancos y los negros, entró en la ciudad el 4 de Noviembre de 1304. Dante, volviendo de Roma, donde había sido retenido traidoramente con diferentes pretextos, supo en el camino, que él había sido condenado al destierro perpetuo y á ser quemado, si se dejaba prender sobre el territorio de la municipalidad.

Sus bienes fueron confiscados, y lo que afligió más su corazón fué la necesidad de separarse de su mujer Gemma, de seis niños de corta edad, y de su hija Beatriz, todavía en lactancia.

Así fué castigado el patriota íntegro, por haber servido lealmente á su patria.

Todos los partidarios del régimen municipal fueron expulsados, y tentaron diversas veces de volver á su patria por la fuerza de las armas; pero estalló entre ellos la disensión, y Dante reconoció que nada era más indisciplinable y más inconsciente que un partido político que no es guiado por el patriotismo, sino que obra únicamente por intereses personales.

El se separó entonces de los otros desterrados, y formó, como él dice: *él sólo su propio partido*.

En 1317, un religioso, amigo del Dante, aprovechó las disposiciones de dulzura en que la paz había colocado los espíritus, para pedir al gobierno de Florencia que permitiera el regreso del desterrado.

El desterrado debía someterse á la ceremonia humillante llamada *obligación*, es decir, sacrificio. Constituido primero en la cárcel municipal, en un gran día de fiesta, se presentaría en la iglesia-catedral con un cirio en la mano, en camisa de penitente, á implorar en este estado la misericordia de la asamblea.

Dante rehusó enérgicamente volver á Florencia. Pero si el destierro fué para el poeta la fuente de tantas miserias, él ha sido también

la causa de su gloria inmortal, por haber concebido y ejecutado su poema magnífico *La Comedia Divina*.

En efecto, viendo en su patria el triunfo de los principios que él había combatido, examinó en su conciencia la verdad, la legitimidad y la sinceridad de sus convicciones.

Estudió de nuevo las grandes cuestiones concernientes á la salud temporal de los individuos y los pueblos, habiéndose afirmado en su convicción de que la desgracia social y política de la Europa, de la Italia y de Florencia, prevenía de que la cristiandad, comenzando por el Papa y el emperador, no observaban más que los principios del Evangelio puro, y él resolvió exponer al mundo extraviado y corrompido, lo que él creía ser la verdadera doctrina de salud terrestre de la humanidad.

«Según su criterio, dos instituciones el gobierno secular del Estado, debe separar del camino del mal á los hombres ó á los pueblos, empleando la fuerza, y el gobierno espiritual de la iglesia tender al mismo fin, valiéndose de la persuasión.

»Los dos son de institución divina, contemporáneos, por su origen histórico de un valor moral y político igual, sin usurpar sus atribuciones respectivas, deben marchar juntos en buena inteligencia, en idéntica dirección, que es la salud temporal y eterna de la humanidad.

»Las mismas instituciones no convienen á todas las naciones, sino que cada pueblo debe ser regido por leyes conformes á sus costumbres y sus necesidades.

La libertad política, encuentra su mejor expresión en el régimen municipal.

Las ciudades libres, láicas, independientes, constituían una confederación como miembro de un cuerpo político, y á su cabeza, él colocaba el árbitro moderador ó pacificador de las Repúblicas confederadas, y Dante atribuía este poder supremo al emperador de Alemania, como heredero lejítimo, según las ideas del tiempo del imperio romano, ideas adoptadas generalmente por los teólogos, los publicistas y jurisconsultos italianos de la época en que Dante vivía.

El gran poeta manifestaba, que todo hombre que por sus esfuerzos virtuosos llega á conquistar la inocencia primitiva y por ella su justificación, no tenía necesidad de gobierno secular ni eclesiástico, por que él será entonces su propio Papa y su propio emperador.

III

Dante eligió por cuadro épico de su poema didáctico, la relación de un viaje supuesto hecho por él mismo á través del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso.

Dante, como todos los grandes y verdaderos poetas, creía en sus concepciones y ficciones poéticas, y como los más sencillos espíritus en lo que su siglo consideraba verdades tradicionales.

El fin esencial de su obra era la enseñanza de las grandes verdades morales y sociales y religiosas. Los personajes, ó las almas que el poeta suponía haber encontrado, y que deben servir de ejemplo á la humanidad, eran de celebridades de la historia y de la tradición, elevados al rango de *tipos* representando una situación, una idea, una pasión, una virtud ó un vicio.

En este sentido, Beatriz, que habitaba el Empíreo, no era en la *Comedia Divina*, lo que fué realmente, la hija de Portinari, sino un *tipo*, el ingenio personificado del cristianismo que envió Virgilio á Dante, para que fuera su guía á la entrada del Infierno, donde luchaba el poeta contra las bestias feroces, *la pantera, el león y la loba*.

Se han llamado las tres cóleras del poeta, los tres partidos políticos, que él consideraba enemigos de su patria, la *pantera*, blanca y negra, representaba la nobleza compuesta de blancos y de negros, la cual por egoísmo, sacrificaba á la Francia y al Papa, los intereses sagrados, el reposo y la libertad municipal de Florencia.

El *león*, era el partido francés, que intriga-

ba con el Pontífice y la nobleza feudal contra la República, y la *loba*, era el poder secular de Roma, que paralizaban la acción legítima, moderadora y pacificadora del emperador.

Virgilio, que significaba el *tipo* de las sabidurías, social y política del paganismo, introdujo á Dante en el Infierno, en la noche del Jueves Santo, en la Primavera del año 1300, y después de recorrer las tres subdivisiones de esta triste morada, arribaron al fondo del infierno el sábado á media noche.

Entre las almas condenadas, encontró Dante, en el círculo de las lujuriosas, á *Francesca de Rimini*, según la historia, la esposa adúltera de Malatesta, amante de su cuñado Paolo, hermano de aquél, y representaba en la Comedia Divina el *tipo* de las damas italianas, tan numerosas en el siglo XIII, que púdicas en su juventud, fueron seducidas por su galante sociedad y por la lectura de novelas licenciosas á cometer el pecado mortal, que expiaba la amable Francesca, que compadecía el Dante.

El Papa Bonifacio VIII, tenía su puesto en el Infierno, no como enemigo político y personal de Dante, sino como el *tipo* de los simoniacos, que traficaban con las cosas sagradas.

Caton de Utica, el censor tan conocido en la historia, figura en la Comedia Divina, como el guardián ó portero del Purgatorio, el representante de aquellos que tienen sed de justicia, y desean abordar lo más pronto posible la justificación, á la inocencia.

Beatriz fué el guía de Dante en los cielos inferiores, y le entregó en manos de San Bernardo, que le condujo hasta el trono de la Trinidad, considerado como el *tipo* de la contemplación de Dios, la que era superior, en el juicio de Dante, á todas las prácticas religiosas.

Por esta última visión, que fué para Dante la revelación de toda sabiduría y de todo misterio, el fin de su peregrinación ultramundana se había cumplido y cesado su éxtasis, se despertó en su domicilio en Florencia, presentando á todas las naciones de la cristiandad su poema, que contenía sus principios morales, sociales y políticos, que eran la condenación del estado social, político y religioso de su tiempo.

Dante ha sido desconocido, odiado y calumniado por ortodoxos poco caritativos, y por políticos y literatos de sistema estrecho y exclusivo.

Un crítico notable, Daniel Stern, ha encontrado en esta obra todos los elementos que pertenecen á las diferentes edades, los recuerdos de las viejas civilizaciones estrechamente asociadas á las creencias cristianas del siglo XIV, y bajo el respeto del dogma, todo el atrevimiento y toda la libertad del pensamiento que permitían la ortodoxia de la Edad Media.

Maldiciendo á su patria, Florencia, y á Italia, él las amaba y no las lanzaba el anatema, sino para corregirlas. Si él multiplicaba las imágenes terribles era con la esperanza de infundir el terror en las almas culpables, y de salvarlas por el arrepentimiento.

Daniel Stern, pone de relieve la ternura del corazón del poeta, fuente inagotable de emociones diversas, de efusiones de amor para los buenos, y de explosiones de odio contra los malos.

Él tiene razón de creer que la sensibilidad desbordaba del alma del poeta, y que el don de amar que le hizo sufrir tanto, ha sido también el principal aguijón de su génio.

El amor de Beatriz Portinari, y el culto de la belleza absoluta, inspiraron todos los versos de Dante, y la conclusión misma de su poema, está llena de piedad y de amor.

Dante escribió desde su destierro una carta á los cardenales del Cónclave, á la muerte de Clemente V, suplicándoles que eligiesen un Papa italiano; él no era güelfo, «pero deseaba que el Pontífice que permanecía en Avignon, volviera á Roma,» «que está arruinada,» decía, «y privada de sus luces.» Este fué el último acto de su vida política.

El ciudadano era tan grande como el poeta. Su alma generosa y apasionada, estallaba en palabras de cólera y de ironía ardiente como un hierro rojo.

Al pensar en esta Florencia, que le había lanzado de sus muros é incendiado su casa, exclama:

«Regocijate, Florencia; tú eres tan grande, que tus alas baten sobre la tierra y sobre el mar, y en todo el infierno tu nombre resuena. Entre los ladrones, yo he encontrado cinco de tus ciudadanos, yo he tenido vergüenza, y tú muestras en ello grande honor... Tú conocerás pronto los males que te desean ardientemente los otros pueblos; que ellos te aburren, porque tal es la voluntad del destino.»

Otras veces recuerda su juventud en Florencia, el Arno, en que se reflejaba *su cabellera rubia*, su alma austera se entenece. El describe, por la boca de Cacciaguada, las viejas costumbres florentinas, puras y sencillas. El encuentra en el Paraíso el alma de su padre, que le predice su destierro: «Tú abandonarás á Florencia, tú te verás obligado á abandonar las cosas que tú quieres más tiernamente.»

Tu lacerai ogni cosa diletta piu caramente.

«Tú aprenderás cuán amargo es el pan del extranjero.»

Así él adora y maldice á esta Florencia, que ha dispersado las piedras de su hogar; él tiene para ella invectivas sangrientas y suspiros inefables. Esta Italia, cuya cabeza encantadora se abate bajo el peso de las calamidades, le arranca lágrimas de amor y de piedad.

Lo que constituye su grandeza, es que al través de todas las peripecias de su vida política, él no obró un sólo instante por ambición personal. El no deseaba más que la felicidad y la independencia de su patria, emancipada del yugo de los franceses. El ha sido el primero y el más grande de los ciudadanos de Italia que han sufrido todo: el destierro, la ruina, la muerte, más bien que enmudecer y aceptar tranquilamente la servidumbre y la desolación de su ciudad natal.

Cuando el autor de *La Divina Comedia* había descendido á la región de las sombras, un acontecimiento extraordinario se verificó en Florencia.

Una multitud inmensa llenaba las naves de la catedral, y el viejo Boccaccio entró con la *Comedia Divina* en la mano.

La República le había encargado que consagrara públicamente su memoria, y la reconciliación de Dante con Florencia se celebró en el dintel de la eternidad.

EUSEBIO ASQUERINO.

LOS COMUNEROS DE CASTILLA

I.

Contemplados allí sobre el tablado
A que el destino conducirlos plugo,
Aguardar, con espíritu esforzado;
El instante supremo, infortunado
De rendir sus cabezas al verdugo.

Odiando, por mezquino, lo presente,
En alas de ilusión fascinadora
Contra turba extranjera, frente á frente
Se alzaron á luchar heroicamente
Por el triunfo de idea redentora.

Su patriótico alarde de civismo
Se tachó de traición y cobardía,
De ambición desmedida su heroísmo,
Y con brutal y estúpido egoísmo,
Los inmola absoluta monarquía.

Mataron como á viles y traidores
Los que siempre lucharon por leales,
Queriendo sepultar entre terrores
Los primeros brillantes resplandores
De grandiosos y puros ideales.

¡Y vieron los plebeyos castellanos
De los magnates la vengaza dura,
Sin desgarrar con sus nervudas manos
El fiero corazón de sus tiranos,
De libertad y gloria sepultura.

Si hubiera coronado la victoria.
En Villalar su generoso anhelo,
La fama no cabría de su memoria
Ni en el templo gigante de la gloria
Ni en la infinita inmensidad del cielo.

II.

¡Criterio desolador;
Siempre en el mundo el vencido
Fué torpe, vil y traidor
Y se elogió al vencedor
Por valiente y entendido!

¡Cuántas veces aplaudieron
Los pueblos, en su delirio,
A infames que los vendieron!
¡Cuántos impávidos vieron
De sus héroes el martirio!

¡Ay de los pueblos que ven
Sin indignación sublime
Y ansia de justicia y bien,
Segar el cuello á cercén
Del héroe que les redime!

Con cadenas amarrados
Los tendrá la tiranía,
Hambrientos y amordazados,
En los antros olvidados
De la Inquisición impia.

Padilla, Riego, Torrijos.
Héroes de la libertad
Que, tras afanes prolijos,
Le robais vida á los hijos
Por darla á la humanidad.

Si realizando altos hechos
Perdisteis en flor la vida
En pró de santos derechos,
Horadados vuestros pechos
Por el plomo fratricida.

Y, de la vida al tocar
En el instante postrero,
Visteis, con hondo pesar,
Que venía á contemplar
Vuestra muerte el pueblo ibero;

Sin que una lágrima ardiente
Rodara por su semblante,
Ni se nublara su frente,
Ni protestara rugiente
Contra el tirano triunfante;

Y en la duda sumergidos
Exclamásteis al morir,
Con los últimos gemidos;
«Pueblos así pervertidos
No pueden libres vivir;

»Para alzarlos á la cumbre
Estéril fué nuestro afán;
Esclavos son por costumbre
Y á perpétua servidumbre
Condenados estarán.

»Si nos dejan ¡ay dolor!
En trance tan duro y fuerte
Entregados al rigor
De tiránico furor,
¿Quién seguirá nuestra suerte?»

III.

Héroes, reposad en calma
En vuestra modesta fosa;
Que ya nuestra joven alma
Vuela á conquistar la palma
De la libertad hermosa

El pueblo que os vió subir
Al cadalso y espirar,
Ya su sangre siente hervir,
Y está dispuesto á morir
Si no os pudiera vengar.

Confuso y avergonzado
De su imbécil cobardía,
Ya se levanta indignado
Y combate denodado
A la horrenda tiranía

Los clarines llamarán
Con voz aguda al combate;
Los valientes se armarán
Y los tiranos caerán
Del pueblo al tremendo embate.

—
Si entre las alas del viento
Ronco el mortero retumba.
Para prestarnos aliento
Alzad un solo momento
La cabeza de la tumba,

—
Y nos veréis combatir
Ya mutilados quizás,
Los fusiles esgrimir
Luchando, hasta sucumbir,
Pero bendidos, jamás.

LUÍS MORENO TORRADO

PERFILES ARTÍSTICOS

ALBENIZ

De todos los instrumentos de cuerda, de todos los instrumentos de verdadera importancia, ninguno más ingrato, más refractario á la expresión que el piano. Por eso tal vez es patrimonio de todo el mundo, os persigue, os asedia, destroza vuestros oídos al volver una esquina ó entrar en una habitación, subleva vuestra sangre con sus eternas variaciones sobre motivos de grandes producciones que entregadas al implacable instrumento, se convierten en deformes caricaturas que hacen temblar de indignación á las personas dotadas de verdadero instinto artístico.

Y es que como el mecanismo del piano está sujeto á una combinación matemática, en la que basta atacar con el dedo una tecla para que ésta haga oír precisamente el intervalo de la escala correspondiente á aquella, la mayor parte de las personas que no se atreven á aventurarse en los difíciles senderos del arte, abrazan con decisión la *carrera* del piano, que les proporciona *música* á poca costa adquirida. De aquí viene, sin duda, el antojo con que hoy se mira ese instrumento voraz, cuyo insaciable apetito no es suficiente á calmar la infinidad de pianistas de todas clases, especies y condiciones que pululan por teatros, conciertos y cafés.

¿A qué clase de pianistas pertenece Albeniz? ¿Qué sobresale en él, la expresión, la agilidad, el mecanismo, el vigor, la seguridad? No: ninguna de estas cualidades *sobresale* en él sino que *sobresalen* todas; así es que, en nuestra opinión, Albeniz debe colocarse pura y simplemente en la categoría de pianistas..... excepcionales.

Cualquiera que asista á un concierto dado por Albeniz y no le vea necesaria, palpar el teclado del piano para convencerse que Albeniz ejecuta la música de los grandes maestros en aquel instrumento.

En efecto, nosotros llegamos á comprender la superstición, llegamos á creer en Mefistófeles cuando vemos á Albeniz debatir armoniosamente con aquello que no es piano, sino un conjunto delicioso de timbres, de sonoridades ahora veladas y luego vigorosas, tan pronto delicadísimas como sordas y concentradas; un instrumento fantástico, en fin, que obedeciendo á la magnética influencia de un artista superior, se plega á sus menores exigencias, acepta todas sus indicaciones, llora cuando le manda llorar, ríe cuando quiere que ría, y se muestra dulce, apacible, sereno, tierno, elegante, gracioso y juguetón, según plazca á aquel fenómeno musical, ante cuyos pies se postra dominado.

Si á enumerar fuéramos la infinidad de preciosos detalles de Albeniz en el piano, necesitaríamos escribir un volumen para tratar de aquellas preciosísimas cadencias, cuya acentuación escapa al análisis; de aquellos matices prodigiosos, fruto de una inspiración potente y de un sentimiento artístico increíble, joyas las más ricas de la corona de Albeniz, y síntesis de las dotes musicales del gran pianista.

Albeniz compositor, da rienda suelta á los dulces sentimientos de su corazón y á los torrentes de inspiración que guarda en su cabeza; Albeniz instrumentista, se apodera del genio creador de un maestro clásico, sigue paso á paso sus diversas impresiones, penetra en el fondo de éstas, expresándolas, iluminándolas con el mágico resplandor de su talento.

Cuando abstraído completamente de cuanto le rodea, fija su mente en dar su verdadero valor á la música de tal ó cual autor, en desorden su abundante cabellera y dominado el cuerpo por un convulsivo movimiento, Albeniz arranca á las teclas del piano desgarradores lamentos, dulces suspiros, armoniosas notas llenas de inspiración y elegancia, voluptuosas cadencias que arrojan el alma ó encantadoras melodías, alegres, exuberantes de lozanía y de vigor, filigranas de agilidad que refrescan el espíritu y provocan la sonrisa; cuando bajo el influjo de estas impresiones que el prodigioso arte del pianista os hace experimentar, sentís inundada vuestra alma de un bálsamo regenerador, no debeis esos goces á Albeniz. No; Albeniz ha desaparecido. Beethoven, Mozart, Mendelssohn, Scarlatti, Chopin, Schuber ó Listz se han filtrado en el alma de Albeniz; ellos mueven sus dedos; ellos encienden su pupila; ellos le hacen sentir sus impresiones tristes ó alegres; ellos le dominan, porque él se pertenece á ellos, es su intérprete, y allí habla el arte, el arte sublime, impercedero, inmenso, de los grandes maestros, y el intermediario de los grandes maestros; es un gran artista; es Albeniz.

Nada más difícil que bosquejar el perfil de un artista de genio.

Sus líneas se pierden en la resplandeciente aureola que le rodea, y muéstranos confuso y deslumbrador.

Seduce y arrastra, y la imparcialidad corre peligro.

No existe satisfacción más noble y mas justa, que la que experimenta aquel que todo á sí mismo se lo debe. Y si la vida ha sido azarosa, se hánse tropezado con toda suerte de escollos, es más honroso el triunfo, más brillante la victoria.

Isaac Albeniz pertenece á esa dignísima clase,

Durante su infancia sintió movimientos incomprensibles en el corazón, y la luz y los sonidos hicieronle experimentar misteriosas é intensas emociones. Soñaba, sonreía, sentía afán é inquietud inexplicables, y sus ojos se fijaban tenazmente en el horizonte, como para vislumbrar algo que allí había y que debía ser para él.

Un día, apenas si contaba diez años, se lanzó á correr mundo con los papeles de música debajo del brazo, y la cabeza llena de ilusiones, en busca de aquel algo desconocido que quería conquistar.

Ni las privaciones le arredraron, ni hicieron mella en su alma las historias de tantos como naufragaron en la mitad del camino. Tenía sangre y corazón de artista, y, por lo tanto, ¿quién, sino la esperanza debía ser en su infantil edad su diosa y su norte?

Albeniz quiso llegar al final de su camino y ha llegado, pero de una manera victoriosa y ceñida de laurel la frente.

Los que no sienten ni comprenden el arte, no pueden llegar siquiera á imaginarse esos impulsos que el niño artista siente, llenos de melancolía unas veces, tempestuosos otras, cuándo regocijados, en ocasiones tristes como un lamento.

Para los que no sienten el arte, no merecen estos impulsos ni revelaciones del niño, más atención que la que se presta á las diabluras del rapaz revoltoso y desaplicado.

Mas, para los que comprenden que el sentimiento artístico nace con la criatura, saben que aquello no es más que el ardor de la mente que desea, sin saber lo que desea, y delira por hermoso modo.

Aquel niño que comenzó su artística carrera á los diez años, ha recorrido el mundo excitando la admiración de propios y de ex-

traños, y hoy, ya transformado en hombre, cuando cuenta apenas veinticinco años, se ha presentado ante el mundo artístico madrileño, revelándose cual notabilísimo pianista é inspirado compositor.

Albeniz, en cuanto conoció los secretos más elementales del pentágono, por instinto, fué adivinando lo demás.

Como sucede á casi todos los que sienten arder en su alma la llama del arte, ciertas cosas que aprendía por primera vez, se le antojaban justificación de ideas que había adquirido de desconocida manera.

¿Que hubo luchas? ¿Que hubo contrariedades? Poco importa. Cuando se obtiene el triunfo, aparece ante nuestros ojos el pasado revestido de espléndidos colores.

Destacarse sobre el nivel monótono de lo mediano, brillar con luz propia en la atmósfera opaca de lo vulgar, si es laudable siempre, es también fácil y sencillo; que el insecto de luz es astro entre las tinieblas de la noche y el débil arbusto gigante en la aridez de las estepas; pero sobresalir en épocas de renacimiento cierto y de progreso seguro é innegable, es concedido á bien pocos, y es muestra segura de merecimientos no comunes.

En el momento presente en que el arte musical, estremecido por corrientes fecundas, empujado de una parte por el sople de las modernas escuelas, solicitado de otra por aspiraciones á una trascendencia exagerada acaso, camina á veces por sendas seguras, á veces por rutas equivocadas, pero camina siempre en busca de una perfección soñada, será artista, y artista de raza, quien logre imprimir á sus obras un sello peculiar y exclusivo, quien añada con aplauso y éxito una nota más al múltiple concierto y despeje una incógnita del problema planteado.

Y estas son las condiciones de Albeniz, sus composiciones y su estilo como ejecutante aparecen personales é hijas legítimas de una inspiración genuina que concuerda en absoluto con la aspiración del arte en los momentos actuales.

Ejecuta como artista consumado é inspirado; compone con sentimiento y delicadeza; estudia mucho y aprende pronto; ama lo bello donde lo encuentra y sus maestros son todos; pero efecto de sus múltiples aficiones, su personalidad sobrenada y flota en sus obras sin aparecer bajo los moldes de una imitación servil.

Artista que sueña y desconfía, que piensa y que realiza; conocedor de las deficiencias que al arte abruman, y de las armas con que el arte lucha, sintiendo inspiración y fortaleza y constancia, si muchos son los títulos que hoy ostenta, creemos nosotros que han de ser mayores los que Isaac Albeniz conquistaría en lo sucesivo.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

UNIVERSALIDAD

DE CONOCIMIENTOS DEL MÉDICO (1)

Señores académicos:

Pocas cosas hay que pongan en tan grave aprieto como la elección de un tema para un discurso. Su persecución á través de las regiones cerebrales es penosísima y difícil. Y suele suceder que, huroneando en los rincones de la memoria para levantar la caza, topamos con lo que no buscábamos y perdemos la pista de lo que perseguíamos.

Así me ha sucedido con ocasión de verme obligado á dirigiros la palabra. A fuerza de escudriñar asuntos, tras mucho tiempo y no menor fatiga, ahogándome ya en el mar de datos con que todo lo inunda la moderna ciencia, perdí las huellas del detalle. No me atreví á escoger: había de sobra en el dilatado campo de nuestras conquistas. Llegué á confundirme, y sólo la ascensión á las altas cimas de

(1) Discurso pronunciado en la sesión inaugural de la Real Academia de Medicina de Valencia el 24 de Enero de 1886.

lo general y de lo abstracto pudo orientarme. Desde allí contemplé á la Medicina entera hundiéndose sus raíces en la filosofía y en la historia, nutriéndose con el jugo de todas las manifestaciones del saber, extendiendo sus ramas sobre todo lo que tiene forma de humana inteligencia, y resolví hallar en esa misma multiplicidad de estudios y de servicios, asunto de mi trabajo y pasto de vuestra atención.

Pero hay en el despertar de una idea algo del despertar del día. La luz tenue del alba no deja sospechar toda la grandiosidad del paisaje que aún envuelven las sombras de la noche; necesitase que asome el resplandor purpúreo que festonea las nubes, y más tarde la magnífica explosión de rayos que inundan de azul el dilatado espacio, para que surjan bañados en luz todos los detalles. Entonces se admira lo que no se había adivinado envuelto antes en la bruma, porque á todo da el sol forma, realce y vida. Así también en el cerebro: cuando una idea acaba de nacer y tiembla aún débil en el fondo de los laboratorios celulares, es llama incierta que apenas alumbraba; pero pronto se agitan todas las energías, vibran todas las moléculas á impulsos de invisible soplo en el fondo del protoplasma nervioso, el pensamiento crece y fecunda al pensamiento, el fuego se propaga, desaparecen las sombras, y cuando la luz se extiende y lo ilumina todo, las cumbres de la abstracción lo mismo que los recónditos abismos del análisis, el juicio temeroso no acierta á comprender cómo es tan grande empresa que pareció pequeña.

Por eso acordéme tan pronto como delineé el plan de mi trabajo. Sin embargo, no me detuve. Conté con vuestra bondad, pero á pesar de todo, hice de la brevedad del discurso mi defensa, pensando que, aunque un boceto tenga muchas más faltas que un cuadro, el ánimo se inclina siempre á perdonarlas.

Después de esto, me falta sólo para empezar enunciaros el tema. Voy á ocuparme en hablaros de la «universalidad de conocimientos del médico»; de lo mucho que necesita saber el que se titula guardador de la salud del individuo y de los pueblos para hacerse digno de la alta misión que le está confiada y para merecer el respeto y la estimación de propios y extraños.

El positivismo, señores, ha sido sobradamente injusto al trazar los límites de la Medicina. Empeñados sus partidarios en ensanchar los dominios de la biología y de la sociología, nos han obligado al bajo vuelo del arte, que sólo busca recursos para curar ó aliviar. Es decir, que han convertido á la Medicina entera en Terapéutica vulgar, haciendo al médico sinónimo de visitador de enfermos, de redactor de recetas ó de artífice tallista del humano cuerpo. De todo, en el terreno de la ciencia, han pretendido apoderarse algunos filósofos de la moderna escuela. La Anatomía y la Fisiología que investigan el organismo sano ó que estudian los secretos de la enfermedad y de la muerte, cuyas son; cuyas también las ramas especiales que tratan de explicar el mecanismo asombroso del pensamiento para iluminar el campo de la psicología y señalar los nuevos derroteros de la ciencia penal contemporánea, y las que observando al hombre en todas sus fases y en el eterno conflicto con el cosmos, tratan de dar leyes á la pedagogía, á la economía política y á la filosofía de la historia. Suyo pretenden que sea todo lo que hay de levantado y grande de nuestros estudios, todo lo que hay de científico en nuestras investigaciones, y nos entregan sólo lo manual del arte, lo que se resuelve en reglas de aplicación á la cabecera del enfermo, lo que se ve de más concreto, lo que es á veces diaria y pesada carga para el hombre superior acostumbrado á contemplar más amplios y luminosos horizontes.

Y es preciso que protestemos contra tan exagerada limitación del campo donde desenvolvemos de continuo nuestras energías intelectuales. Es preciso que demos que no hay saber humano que sea tan extenso como aquel que nutre nuestro cerebro y al que dedicamos nuestro servicio; que no hay nada que

sea tan difícil, por lo mismo que es tan múltiple, como el estudio del médico, y que éste no sólo sirve para calmar el dolor ó detener el paso á la muerte, sino que es necesario para inspirar en los altos destinos de hombre el credo del político, la idea del legislador y los trabajos del filósofo.

Fijaos bien, señores; el médico es el hombre que más necesita saber y que más necesita demostrarlo. Desde los conocimientos generales que forma el barniz de toda persona de ilustración y de mundo hasta los detalles indispensables para extirpar un tumor ó apagar la fiebre.

El ingeniero que tiende en centenares de kilómetros las cintas de acero por donde el tren ha de pasar rugiente, el que levanta ante las espumosas olas diques de granito, el que trepana los montes y el que va á buscar la galena, las piritas ó el cinabrio al caliente seno de la madre tierra, sólo las leyes de la materia bruta y la lógica de los números conviene que conozca. El legislador que regula la vida social, que marca los límites entre el deber y el derecho, que dirige contiendas, que juzga y castiga, tiene un limitado campo de inteligencia y de actividad, y si de él se aparta porque las exigencias de los presentes tiempos á ello le obligan, ¡ah! señores, si de él se aparta, tiene que venir á nosotros, á llamar á la puerta de nuestros conocimientos, á pedirnos el secreto de los latidos de la pasión ó el artificio, por medio del cual, unas cuantas células, dentro del cráneo, fabrican el pensamiento y encienden la luz de la conciencia humana. El artista se contenta casi sólo con tener inspiración: esta y unas cuantas reglas de pura técnica le bastan para animar el lienzo, para moldear la piedra ó para convertir el sonido en vibración del alma. El literato escribe, y para reflejar el sentimiento en los renglones cortos que se llaman versos ó para hacerse el paladín de la humanidad, no necesita más que anotar el fruto de las humanas acciones, y aun para juzgarlas le es preciso llamar á la Fisiología en su auxilio. El hombre de guerra no es, en realidad, más que un jugador que debe conocer por igual el secreto de mover los hombres que son sus piezas, y el terreno, que es el inmenso tablero donde se exponen la vida y el porvenir de las naciones. Todos los instrumentos de la actividad humana, la espada, la pluma, el pincel, la lira, el martillo y el compás se esgrimen en campo cerrado, de límites precisos y de extensión marcada.

Nada tan variado en cambio como la Medicina entre los conocimientos del hombre; nada tan complejo; nada tan grande. De una parte hundimos la mirada en los misterios de lo pequeño y señalamos el peligro de invisibles ponzoñas, y de otra nos esforzamos en averiguar qué lazo misterioso une la existencia con la marcha de astros que ruedan por el infito eterno, con la luz que inunda el espacio ó con el peso inmenso del aire que nos baña. Con una mano sostenemos la retorta donde se agita la materia inanimada, y con otra contamos los latidos de la vida. Tratamos de reducir á números en el laboratorio el calor del cuerpo humano y el trabajo incesante de su nutrición, y al mismo tiempo encendemos en el gabinete del sábio la luz de una moderna metafísica, fundada en los prodigios de la Fisiología cerebral. Curamos en la clínica y enseñamos en la escuela el modo de regenerar físicamente á la humanidad. Aprendemos en el animal y en la planta lo que luego hemos de observar en el hombre. Consolamos al individuo y tratamos de conservar la especie. Todos los problemas de la naturaleza y de la vida nos asedian, nos hostilizan, nos persiguen. Pensamos haber encontrado una solución, cuando ya nos agobia la necesidad de buscar y de hallar otras. El agua medicinal que sale hirviendo de las entrañas de la tierra, el oxígeno que entra á oleadas en el cuerpo para enrojecer la sangre y encender la vida, el sutil veneno que agota las energías celulares, la explosión del dolor en los nervios, el apagamiento súbito de la inteligencia, la pavorosa cuestión de la libertad humana, todo es para nosotros materia de es-

tudio. Ponemos á contribución la tierra, el aire, el agua, el fuego, aquellos cuatro elementos clásicos de la filosofía pitagórica. Someteremos á tortura la materia inorgánica y el cuerpo vivo de los animales. Nuestra marcha es incesante, el campo inmenso, la fatiga enorme, el laboreo difícil, los instrumentos de trabajo todos; el reactivo, la balanza, el termómetro, la lente, el aparato que pinta el zigzag del corazón, el libro, la palabra. Todo también nos vemos obligados á observar: aquí una reacción, allá un latido; en el lecho del enfermo, el dolor; en la marcha de los pueblos la causa de su decadencia física, el reflejo patológico de sus convulsiones sociales. Aliviamos, curamos, prevenimos. ¿Qué más? Un día dimos, con Pinel, libertad á los locos encerrados como criminales; ¡quién sabe si otro día convertiremos, con los Lombroso, en casas de curación muchos presidios!

Asombra, señores; mejor dicho, asusta, el ver hasta qué límites hemos de llevar los médicos nuestro estudio, y á qué extremo hemos de conducir nuestros servicios. Y si á alguno no le produce esta impresión la suma de nociones que la ciencia y el arte de consuno nos exige, es que no ha llegado á penetrarse de la importancia de nuestra misión sobre la tierra, y forma aún en las filas de los que creen que la Medicina es la Medicina entera y raquílica que algunos arrastran por los hospitales, y no la Medicina radiante y grandiosa, á la que decía Descartes que había que pedir «la solución de los problemas que más de cerca interesan á la grandeza y á la dicha humanidad.»

Invítese á los que esto nieguen á hojear nuestros libros, á oír nuestras continuas discusiones en esta lucha incesante de liceos y academias en que los temas nunca se agotan y en que nunca faltan tampoco razones de ataque y de defensa. Invíteseles á que vengán á nuestros museos, á que presencien nuestros trabajos, á que nos acompañen en la visita y en el estudio, en la meditación y en la obra de las manos, y pronto se convencerán de cuán largo es el camino, cuán penosa la tarea y cuán pocos los espíritus privilegiados que consiguen, no tocar los límites, sino vislumbrarlos solo con el espejismo de deseo que jamás se alcanza.

Ya lo he dicho, señores; el médico es el hombre que más necesita saber y que más necesita demostrar que sabe. Sus conocimientos arrancan de las raíces elementales de la ilustración general y llegan á los áridos problemas de la sociología contemporánea.

Con las lenguas muertas, con aquellas lenguas que manejaron los antiguos pueblos del Mediterráneo, con el verbo de la civilización griega y romana, construye el tecnicismo de su ciencia y de su arte, ó aprende á interpretar la vieja doctrina de los maestros de otros siglos. Con la lengua viva, habla y escribe, propaga, difunde, vulgariza, enseña, discute y convence, acude á la pública lucha y entrega el libro á la imprenta; que no hay hombre en la sociedad moderna que más necesite esgrimir la pluma ó la palabra, mal que pese á los que creen que el bisturí ó la lente están divorciados del folleto ó del discurso, sin contar con que los clínicos más eminentes han hecho gemir á las prensas y los que por más tiempo han perpetuado el eco de su voz en las tribunas.

La Geografía, que, para algunos pudiera ser agradable pasatiempo, es para el médico indispensable y precisa. Ella le enseña cómo los climas imprimen, cual en blanda cera, sus modalidades en el cuerpo humano; cómo extienden por el redondo globo enfermedades temibles el sudario de la muerte; cómo las razas se distinguen hasta en el modo de sufrir; cómo las diferentes tierras, al mismo tiempo que son cuna de causas diversas de destrucción, semillero fecundo de armas contra el mal, y cómo, en fin, los astros no son del todo indiferentes á la vida humana en su marcha secular por el espacio inmenso.

En la historia de los pueblos aprende la suya propia la generación de sus conocien-

tos, la marcha lenta de doloroso martirio con que la humanidad asciende hacia el progreso y con que los médicos de todos los tiempos han ido realizando sus conquistas.

En la historia asiste al nacimiento de la Medicina con el primer quejido que el dolor arrancó al hombre; la ve fabulosa y heroica en manos de Chirón y Asclepias, mística en Epidauro y en Titana, filosófica en labios de Pitágoras y de Platon, saliendo ya grandiosa de las obras de Hipócrates en el siglo de Pericles, en aquel siglo de oro de la Grecia que habían de inmortalizar Sócrates y Praxiteles. La campaña á través de las edades; oye el primer vagido de la experimentación en Galeno; la vé en la tenebrosa noche de la Edad-Media, preñada de judíos alquimistas y de árabes cirujanos; la admira al revestirse de nuevas fórmulas en el Renacimiento, saludando los primeros albores de la Anatomía moderna en la misma patria de las Rafaelas, de los Buonarrotti y de los Cellini, y el despertar del nuevo espíritu en nuestras Universidades cristianas. La distingue seguir con los discípulos de Galileo los progresos de la Física, llegar á las puertas de nuestro siglo, nutriéndose con la esperanza de los enciclopedistas, revolucionaria y triunfante en manos de los Bichat y los Broussais, acompañando siempre á todas las manifestaciones del saber humano, infiltrándose y moviéndose con todas las palpitaciones de la Ciencia, siendo antorcha luminosa, consoladora esperanza de regeneración futura, aspiración incesante hacia un ideal imposible, que aparte siempre el sufrimiento del hombre y borre el dolor sobre el mundo.

Y entra ya después el trabajo en campos de distinta cosecha. Las Ciencias llamadas auxiliares, que yo llamaría necesarias, salen al encuentro del médico. Las matemáticas; enseñándole la lógica más rigurosa que existe y facilitándole los medios para que estudie con la línea, con el triángulo y el arco, como la imágen se pinta en la retina, como se realizan los prodigios de la visión; ó abriéndole el camino para que intente reducir á fórmulas los misterios casi insondables de la vida, para que halle la resultante de las fuerzas del músculo y el coeficiente del calor orgánico, y para que se ensaye en medir el camino de la sensación y el tiempo que tarda en brillar el pensamiento dentro del cráneo. La Física, después de darle la balanza para pesar los productos de la excreción en la orina, el termómetro para graduar el fuego de la fiebre y anunciar la curación ó la muerte, el microscopio para que descubra la maravillosa arquitectura de los tejidos, el lápiz para que trace en el papel de los aparatos registradores el itinerario de la circulación, y el prisma para que descubra en el espectro de la sangre la huella del veneno, le dice cómo en el mundo nada se gasta y nada se pierde, ni fuerza ni materia, á fin de que comprenda que el organismo humano es un laboratorio de renovación incesante, de transformación sin fin, máquina animada, cuyo generador está en todos los órganos, en todos los tejidos, en todas las células, cuyas correas de trasmisión son los músculos y los tendones, y cuyo maquinista invisible está en el cerebro y circula misterioso por los cordones nerviosos.

La Química descorre el velo que oculta muchas incógnitas y le da el silabario para que delectee el lenguaje maravilloso de los cambios moleculares en el protoplasma, y aún le acompaña para que sospeche por qué el alimento forma parte de nuestro propio cuerpo, por qué el medicamento apaga el dolor, el tumulto del corazón y los salvajes desórdenes del movimiento en los miembros, ó excita y dá fuerzas, abre los conductos cegados de las glándulas, anima los viveros de los glóbulos ó cuaja la sangre en las venas; por qué el veneno apaga la vida y por qué caminos entra y sale y circula en rápido viaje por el organismo del hombre. La Historia Natural le proporciona arsenal variado; á ella va á buscar las más preciadas armas de combate; en el cáliz de la flor, en el limbo de la hoja, en el tronco, en la raíz de la planta está el consuelo del sufrimiento; hasta á las entrañas de la tierra ha de

ir á preguntar á ondinas misteriosas por qué el agua cargada de hierro, de azufre ó de sales cura ó alivia el dolor del gotoso, la asquerosa piel del herpético ó el lento penar del pecho.

Y cuando ya el hombre que estudia debería estar fatigado de tanto trabajo, se abren las puertas del recinto de Esculapio y aparecen las verdaderas ciencias médicas, con todo el séquito numeroso de sus difíciles problemas, con toda la avalancha de sus conquistas, con todo el cúmulo asustador de sus aplicaciones.

Vosotros, que las conocéis tanto; vosotros, que sabéis cuán largo es el camino y cuán escabrosa la marcha por entre los misterios de la organización y de la vida; vosotros, que habéis consumido tanto tiempo sobre el cadáver en la mesa ó junto al enfermo en el lecho; vosotros, que habéis agotado todos los recursos de vuestra memoria y toda la potencia de vuestro juicio en descifrar enigmas sin solución posible, en aclarar misterios sin luz capaz de iluminarlos; vosotros, que sabéis á dónde llega y puede llegar la anatomía, desde la célula al hombre, desde la piel al cerebro; vosotros, que aún no habéis podido sondear los abismos de la vida que todo el saber de los fisiólogos que han sido y que serán, jamás bastarán á llenar; vosotros, que lucháis diariamente con los obstáculos de la Clínica, y que habéis contado las dificultades que erizan el camino del laboratorio; vosotros, que con frecuencia caéis en el abatimiento por no poder arrancar su máscara á la enfermedad; vosotros, que no ignoráis cuán fácil y frecuente es el errar y cuán penosa es la conquista de la curación y del alivio; vosotros me permitiréis que calle la epopeya de nuestro trabajo, en el estudio del hombre que sufre, y que á nosotros se entrega, fustigado por el dolor y agobiado y deshecho por el temor á la muerte. ¿Qué he de decir y para demostraros lo que necesitamos saber y para probaros lo difícil del estudio en una ciencia que sin cesar se agranda, en un arte que sin cesar se renueva?

Pero, ¡ah! señores, que la tarea no termina y el camino se prolonga. Es que la Metafísica, abandonando la antigua región de las nebulosidades, se ha pasado á banderas desplagadas, con armas y bagajes, á nuestro campo; es que el filósofo se ha convencido de que para conocer al ser humano hay que estudiarle donde y como nosotros le estudiamos; es que el psicólogo de otras épocas, aquel sabio ergotista de los pasados tiempos, confiesa ya que el alma hay que buscarla sólo en el cuerpo, que el espíritu se aloja dentro del cráneo, y que hablar de inteligencia y de voluntad no es más que hacer un capítulo de fisiología del cerebro.

Los antiguos ídolos de una metafísica hueca se caen; los viejos dogmas de una filosofía rutinaria, que todo lo encontraba hecho con cerrar los ojos y mirar hacia dentro, se borran. Ya no es posible el psicólogo sin el fisiólogo que le enseña las agrupaciones celulares del tejido nervioso, los caminos que recorre la sensibilidad y la volición, el laboratorio cerebral donde se forja la idea al calor de la sangre y al golpe de la vibración molecular, los centros donde se almacena la memoria: de donde parte la incitación al lenguaje, donde se irradia el movimiento; sin el fisiólogo que señala la relación de las lesiones nerviosas conocidas con la locura, ese «sueño del hombre despierto», como definía Moaëau, y que intenta ya dar la medida de la responsabilidad moral, para que la ciencia del derecho compenetre nuestros conocimientos.

Y aún hay más. Aún tenemos que ver cómo en la Sociología comparamos el inmenso organismo de los pueblos, dotado de aparatos productores, distribuidores y reguladores con el organismo animal, y cómo todos los sucesos de la vida de la humanidad pueden reducirse á problemas de Fisiología ó Patología, que nadie más que el médico está habituado á estudiar.

No faltará, por fin, quien estudiando la historia, la vida de los pueblos y el mecanismo de la civilización y del progreso, reconozcan los traumatismos sociales y, utilizando las nociones de la Fisiología humana, ilumine con

nuevos resplandores la política, el Derecho y la Filosofía del porvenir. Entre un Nelatón que adivina la bala en el pié del herido en Aspromonte y un Charcot mostrando al mundo que las brujas de otros siglos eran pobres histéricas arrojadas al fuego por la ignorancia y la barbarie, la distancia es grande, y, sin embargo, el fondo de la acción es común: el uno salva al hombre de la muerte, el otro libra á la humanidad de la preocupación; el uno ahuyenta el peligro del cuerpo, el otro disipa la sombra del alma: ambos sin embargo, son médicos, y han ido á pedir al organismo humano el secreto posible de sus leyes.

Levantémonos, pues, en el concepto moral; Somos los que mejor conocemos al hombre; somos los que más le ayudamos; somos los únicos que le adivinamos antes de nacer, le seguimos luego desde la cuna al sepulcro y no le dejamos ni aún después de muerto.—He dicho.

AMALIO GIMENO Y CABAÑA

COLOMBIA

SUS CONDICIONES GENERALES
EN LA ACTUALIDAD

(Continuación)

Examinado este cuadro, se nota inmediatamente la relación que existe entre las exportaciones y las importaciones: cuando aquellas decrecen, éstas disminuyen en proporción. Así es que la mayor cifra de las importaciones, que fué de 12.355.555 (año de 1881 á 1882), corresponde á la más alta de las exportaciones; luego bajan correlativamente, siguiendo una escala descendente, de tal manera que las importaciones del año económico de 81 á 82 son superiores en 851.827 á las del siguiente, y en 2.429.069 pesos á las del año de 83 á 84.

Debo hacer una rectificación á algunas cifras del cuadro. Como los valores indicados en la columna de las exportaciones no son absolutos, pues solo expresan las sumas en que los exportadores computan sus productos, y estos bajaron rápidamente de precio en los mercados extranjeros desde 1882, los dos últimos guarismos son evidentemente exagerados. Comerciantes ha habido que no han sacado de sus quinas ni los gastos de transporte, seguro y almacenaje.

Acompaño á esta Circular un cuadro del valor declarado de los principales productos exportados durante los diez últimos años, el que debo á la fineza del jefe de la Sección de Estadística de la Secretaría de Fomento, doctor D. Antonio M. de Arrazola. Haré algunas observaciones que me sugiere su estudio.

El valor del algodón exportado, que alcanzó en 1875-1876 á 200.000 pesos, ha bajado á la ínfima cifra de 9.422 pesos. Su cultivo está casi abandonado en el país.

El añil se encuentra en las mismas condiciones. De 64.485 pesos ha bajado y 5.880 pesos.

Los bálsamos han subido gradualmente de 10.732 pesos á 85.069 pesos.

El café, cuyo valor en 1879-1880 pasó algo de 3.000.000 de pesos ha bajado á 1.381.395 pesos.

La exportación del caucho, que ha venido progresando hasta 1882-1883 (704.660 pesos) decaerá considerablemente á causa de su difícil extracción de los bosques remotos y de la baja de su precio.

El valor del devidivi no varía sensiblemente; este fué de 125.842 pesos en 1874-1885, y de 122.472 pesos en 1883-1884.

El del palo mora oscila considerablemente: en 1883-1884 alcanzó á 221.097 pesos, para bajar el año siguiente á 72.124 pesos.

La exportación del palo brasil es de muy poca consideración.

Nuestro principal producto de exportación, la quina, alcanzó en 1880-1881 á 5.122.814 pesos, cifra que considero la más alta; pues si en 1881-1882 figura la suma de 6.755.225 pesos, debe tenerse en cuenta que se trata de valores declarados, y que las quinas exportadas

en ese y en los dos años siguientes (de las cuales queda aún una existencia considerable en depósito esperando compradores), probablemente no alcanzarán á producir la mitad del valor en que fueron estimadas. La difícil y costosa extracción de este artículo, que hemos destruido talando los árboles que lo producen, y la baja demasiado considerable que ha tenido por la competencia que le hace la quina cultivada en la India y Ceilan, lo reducen á una decadencia definitiva.

El valor del tabaco ha bajado de 2.727.522 pesos (año 1874-1875) á 489.156 pesos.

El de las taguas ha aumentado y se sostiene con algunas oscilaciones. El último año fué de 456.251.

El de los sombreros ha bajado de 188.613 pesos á 65.344 pesos.

Los animales vivos, cuya exportación en 1874-1875 fué de 10.918 pesos pasó en 1878-1879 de 800.000 pesos y fué en 1883-1884 de 528.560 pesos.

El valor de los cueros ha venido aumentando. En 1874-1875 fué de 464.392 pesos, y diez años después, en 1883-1884, ya fué de 1.114.631 pesos.

El valor del oro y la plata y los minerales ha venido y seguirá aumentando. De estos productos hablaré más adelante.

Echo el examen del cuadrado, veamos cuál puede ser el porvenir de nuestra exportación y cómo puede llenarse el vacío considerable que deja hoy en ella la baja de la quina, del café y del cancho. Ciertamente, el alto precio de las letras de giro sobre el exterior, que se cotizan hoy del 35 al 38 por 100, y subirán pronto al 40 y aun más, es un estímulo poderoso para la extracción de los productos del reino vegetal en especial de la quina, y debemos esperar que se sostengan y se aumenten las plantaciones de café y quizás de añil. Los animales vivos están llamados á ser uno de nuestros más importantes artículos de cambio.

Productos nuevos no tenemos por ahora, sino la coca, que se encuentra silvestre en los estados del Cauca, Tolima y Magdalena, y que si se cultiva, puede llegar á ser un artículo lucrativo de comercio; y el haba olorosa, llamada *tonka ó sarapia*, que existe en Casanare, en Antioquia (á las márgenes del Cauca) y en el Sinú.

Pero con estos artículos no podremos colmar el déficit que vienen arrojando nuestras exportaciones en los últimos años.

El único ramo de industria que puede dar á Colombia recursos suficientes para restablecer el equilibrio perdido entre el comercio interior y el de exportación, es la explotación de sus minas de metales preciosos. ¿Quién duda hoy de la riqueza de Colombia, que ha sacado de sus veneros el valor de 640.000.000 pesos en tres siglos y medio? ¿Qué otro país del mundo tiene una zona aurífera tan extensa como la que encierra nuestro suelo, con una superficie de 250.000 kilómetros cuadrados? En esa inmensa superficie, comprendida entre el Océano Pacífico y la Magdalena, están las antes celebradas minas del Darién; la antigua Castilla de Oro; las de Guamocó y Simití en el Estado de Bolívar; los afamados aluviones del Chocó y Barbacoas; las minas de oro y plata de Supia; las de oro del centro y sur del Estado de Canca; los placeres y filones de Antioquia; las minas de plata y oro de Mariquita, y las de este último metal en Ibagué y Chaparral. Hay vasto campo para que se ejerza con provecho la actividad humana.

Acaso se dirá que si nuestro país es tan rico, ¿por qué es tan pequeño relativamente el producto de sus minas, que poco pasa de pesos de 4.000.000 anuales? La respuesta es bien sencilla. La minoría se ha desarrollado en Colombia con los escasos recursos de sus habitantes; le han faltado hasta hoy, en general, para su fomento y su progreso definitivo, los capitales extranjeros y los métodos de la grande explotación. Le ha faltado otra cosa, además, y es que las circunstancias no la han favorecido aún, como á otras naciones, haciendo que se descubra alguna mina ó distrito minero de riqueza excepcional, para que se imponga la

fama que tiene ya adquirida y sirva esto de incentivo á los capitales que buscan con afán por el mundo empresas productivas. Es bueno que se tenga presente que las minas de plata que han hecho opulento á Chile se descubrieron entre los años de 1825 á 1848; los aluviones auríferos de California, en 1848; los de la Colombia Británica, en 1858; los veneros de plata del Estado de Nevada, que han hecho bajar el valor de este metal, en 1859; los de Bolivia, de 1860 para acá, y los ricos filones de oro del Estado de Guayana en Venezuela en 1866. A Colombia también le llegará su día de fortuna y prosperidad. ¿Será cuando se pongan de nuevo en laboreo las afamadas minas del Darién; cuando poderosos monitores remuevan las capas de los aluviones del Chocó, ó cuando se lleguen á extraer, por medio de costosas máquinas, los depósitos de oro de incalculable riqueza que guardan en sus lechos los ríos Atrato, San Juan Nechi, Porce, Cauca y sus numerosos afluentes? Este problema lo resolverá el porvenir, quizá no muy tarde, pues la historia nos demuestra que los pueblos encuentran generalmente á su alcance los elementos que necesitan para el desarrollo de su progreso y el desenvolvimiento de su riqueza, cuando estos son necesarios, y parece que ha llegado ese momento para nuestra patria.

En todo caso tenemos que contar con las capitales extranjeras para dar impluso á la explotación de nuestras minas, como lo han hecho Chile, Bolivia, Venezuela y los Estados Unidos mismos. Colombia es un país nuevo, donde faltan aún los medios inventados por la civilización para la adquisición de las riquezas. No pasan de seis los individuos que tienen un millón de pesos de capital y no alcanzan á treinta los que tienen medio millón. Por otra parte los que han conseguido, á fuerza de trabajo, reunir algún capital, no se atreven á exponerlo en empresas que son de suyo aventuradas, de cuyo éxito no pueden juzgar por falta de conocimiento.

Hace un siglo escribía D. Vicente Hurtado Procurador de Popoyán: «Nada hay de derechos reales, comercio é intereses particulares, que no dependa y tenga su estabilidad, del oro de las minas de este reino. Si decayeran y mengaraban; todo faltaría é iría á menos; y por el contrario, si se aumentan las labores de minas y sacas de oro, todo logrará sus mayores incrementos.» Esto, que era una verdad en el siglo pasado, lo es aun hoy, pero tan evidente que se impone á todos. Nacionales y extranjeros, todos los que tenemos interés en que no decaigan el comercio y la industria de Colombia, y que antes bien deseamos su aumento progresivo y rápido, debemos esforzarnos por hacer conocer sus riquezas naturales, para que estas sean explotadas.

Nuestro país brinda al extranjero generosa hospitalidad, se muestra con él tolerante y benévolo, y le concede numerosas exenciones sancionadas por tratados públicos. Al invitarlo á que venga á explotar nuestros ricos veneros, repetiré las benévolas palabras de un ingeniero inglés, D. Roberto B. White, que se ha establecido y ha fundado su hogar en Antioquia.

«El gobierno de Colombia es muy favorable á toda legítima empresa que tenga por objeto el engrandecimiento del Estado. Conocedor de su vasta riqueza, él comprenda la importancia de ofrecer estímulos á todos los que vengan á desarrollar sus maravillosos recursos mineros y á buscar sus conveniencias comerciales, y está, por tanto, dispuesto á dar liberalmente concesiones y privilegio.»

FRANCISCO DE LA FUENTE

CRÍTICA MUSICAL

«Es probable—dice Fétis,—que el hombre que no ha estudiado la música y que ignora sus procedimientos, al oírlo sólo recibe una sensación simple.»

Y esto que dejó consignado el director del Conservatorio de Bruselas, es tan cierto, que

para el que no conoce la teoría musical, un coro compuesto de un gran número de voces no es más que una voz poderosa, y una orquesta un grande instrumento. Para él no hay acordes, armonía ni melodía, flautas ni violines, sólo escucha música.

Mas, á medida que su oído se va perfeccionando, sus sensaciones se complican, cultiva insensiblemente su oído y al fin llega á distinguir el canto del acompañamiento, y se forma nociones de melodía y armonía.

Si posee una organización favorable, llegará hasta distinguir la diferencia de sonoridad de los instrumentos que componen la orquesta, y á conocer por las sensaciones que reciba de la música lo que pertenezca á la ejecución ó sea efecto del talento de los músicos de la orquesta.

Y como quiera que esta es la instrucción musical que posee en general el público que da reputación á los artistas, nosotros, al ocuparnos del concierto dado en la tarde del domingo 24 del actual en el Salón-Romero por el reputado pianista Isaac Albeniz, no hemos de llevar más lejos de este punto nuestro análisis.

Una de las mayores dificultades del arte del pianista consiste en sacar buen sonido del instrumento por cierto modo de pulsar las teclas.

Para adquirir este arte se debe procurar que el brazo no tenga acción en el teclado y dar á los dedos una flexibilidad igual á su fuerza, lo que requiere mucha práctica.

Con un estudio constante y una buena posición de la mano, se conseguirá alcanzar la agilidad necesaria.

Pero todo este mecanismo no sirve de nada si la inspiración no reside en el alma del artista y se esparce con la rapidez del rayo hasta el extremo de sus dedos.

El verdadero pianista ha de poseer la inspiración de un poeta si quiere dar expresión y colorido á la música que ejecute.

Tales son las excepcionales condiciones que adornan á Isaac Albeniz; poética y hermosa inspiración y mecanismo libre y fácil.

Pero no son tampoco las únicas que posee este verdadero talento artístico.

Isaac Albeniz posee además un gusto delicado y artístico de primer orden; no hace consistir el mérito de tocar el piano en la sola habilidad de hacer gran número de notas con la mayor rapidez, ni quiere limitar este mérito únicamente en la expresión que por naturaleza no pertenece á los sonidos del instrumento.

Albeniz es gran pianista porque posee estas cualidades bien combinadas.

Albeniz ha estudiado todas las escuelas de tocar el piano, y, hé aquí el motivo de la originalidad de su estilo; pues á una ejecución enérgica reúne el encanto, la gracia y delicadeza, cualidades que posee en alto grado.

El secreto del éxito que obtiene Albeniz consiste en la atención que pone en el estudio. Como músico que aprecia su arte en lo que verdaderamente vale no descuida ni por un solo instante el estudio de los más insignificantes detalles.

Tal es el secreto de su buena ejecución; apreciar la música que va á ejecutar, complacerse en ocuparse de ella, es todo lo que hace como artista que está poseído de verdadera vocación.

Cuando interpreta música de Beethoven, Scarlatti, Chopin, Mendelssohn, Mozart, Bach, Weber, Listz, etc., tiene momentos de verdadera inspiración en los cuales lo que ejecuta supera el pensamiento del compositor; entonces alcanza el mayor grado de su poder como artista.

Trazadas estas líneas que condensan en general el juicio que nos ha merecido Albeniz en su audición del día 24, vamos á reproducir las opiniones emitidas respecto de tan eminente pianista, en *La Ilustración Española y Americana*, y en *La Epoca*, suscrita la de la primera por D. José María Esperanza y Sola.

Hé aquí el juicio emitido por el Sr. Esperanza y Sola:

«En el mismo salón (el de Romero) tam-

bién revelóse no ha muchos días un artista de excepcionales facultades: el pianista Isaac Albeniz. La verdad exige que confesemos que al enterarnos por el programa del concierto que iba á dar, que un inglés hubiera llamado *recitals*, y ver el gran número de piezas de piano, á palo seco, como si dijéramos, de que se componía, temblamos por el pianista, por los oyentes y hasta por el piano. Al primero le veíamos llevar, no bien terminada su empresa, á la casa de socorro más cercana, asendereado y maltrecho; á los segundos, desfílano poco á poco y dejando, por último, al pianista en situación parecida á la de aquel predicador que, al echar una mirada sobre el auditorio que le había quedado al terminar su sermón, comenzó el último párrafo de su plática de esta ó parecida manera: «Hé aquí, piadosa anciana y devoto perro, lo que me proponía deciros esta tarde»; y en cuanto al tercero, parecíanos que había de sucederle lo que á aquel *piano de concurso*, de que habla Berlioz, que siguió tocando solo, y aun hecho pedazos, las teclas chocaban entre sí, saltaban y tendían á reunirse á la manera de los trozos cartados de un reptil. Pues bien, tales temores no sólo no se realizaron, y de ello nos felicitamos grandemente, sino que, por el contrario, el Sr. Albeniz estuvo más feliz y más vigoroso también (cuando necesario era), al tocar al término de su impropia tarea, que al principio de ella; y en cuanto al público, permaneció allí á pie firme hasta el fin, cautivado por la indiscutible habilidad y talento del artista.

La vida accidentada y un tanto novelesca de éste, la han referido los diarios de la corte, y por ellos han podido saber nuestros lectores, que nacido en Camprodon (Gerona) en 1860, después de recibir desde muy niño la enseñanza de un reputado maestro en Barcelona marchó, en temprana edad aún, á París, donde se presentó á Marmontel, quien, á semejanza de los anabaptistas del *Profeta* cuando dicen al pobre cervicero de Leyden: *Gianni, tu regnari*, exclamó al oírle: *Este sera un gran artista si tiene buena dirección*. Asimismo se habrán enterado, que después de haber recibido lecciones de aquel sabio maestro, y ya en Madrid, el temor de una reprensión paterna le hizo escaparse de su casa y correr primero media España, y luego América, y luego Europa, unas veces viviendo como potentado, y otras tan rica de armonías su cabeza como limpio de plata su bolsillo; y que, por último pensionado por nuestro malogrado rey Alfonso, marchó á Bruselas, en cuyo Conservatorio no tardó en ganar el primer premio, permaneciendo después en Alemania al lado del eminente Listz, de cuyas enseñanzas da clara muestra.

Ya hemos dicho que el Sr. Albeniz es un pianista de excepcionales condiciones, y una de ellas, y no la menor, es á juzgar por el concierto de que damos cuenta, y usando de una frase harto conocida, con todas, absolutamente todas las salvedades que necesarias fuesen, que se crece al hierro. En efecto, en todos los artistas, después de un determinado espacio de tiempo, la frágil naturaleza hace su oficio, y el cansancio y la fatiga comienzan á apoderarse de ellos; en el Sr. Albeniz sucede todo lo contrario. Conforme va tocando, su mano adquiere más vigor, sus dedos están más ágiles, su pulsación se hace más delicada, acusa los detalles con mayor perfección, y va mostrándose cada vez más artista. Por esto tal vez resultó, en el concierto referido, que no fuera tan feliz en la interpretación de la música verdadera y genuinamente clásica, de que se componía la primera parte del programa; que ya en la *Berceuse* de Chopin, y en un *Wals* del mismo autor, que figuraban en la segunda, rayara á mucha más altura; y que entusiasmará, y con razón, al auditorio en la tercera, y muy especialmente en un *Estudio de concierto* de Rubinstein, en la *Suite espagnole*, delicada composición del mismo Albeniz, llena de encanto y gracia, y que, por cierto, dijo á maravilla; en una *Tarantela*, de Heller, y por último, en el *Estudio de concierto*, de Mayer, que con notoria justicia arrancó una explosión de atronadores aplausos.

Ahora fuerza es que consignemos nuestra opinión respecto del artista. Parécenos que el Sr. Albeniz, más que el pianista de escuela, de ejecución correcta y de irreprochable estilo, es el intérprete apasionado y ardiente, que poetiza unas veces, y otras hasta maltrata el piano, y que, en suma, arrastra y conmueve á su auditorio. Véase en él, de modo marcado, la influencia de su maestro Listz, cuyas huellas, tiene dicho Marmontel (con la autoridad que su larga práctica en la enseñanza le tiene dada), es arriesgado y peligroso seguir; y, á pesar de que su mano no es ciertamente la más á propósito, se le ve vencer airoosamente grandes pasajes de dificultad inmensa. Sin embargo de ello, creemos nosotros que su verdadero terreno, más que este, es aquél donde muestra la delicadeza de su pulsación, donde obtiene del piano, ya notas suavísimas, ya dulces lamentos; en una palabra, donde puede dar expansión al sentimiento de que que está dominado, y donde, más que asombro, causa en el auditorio poderoso encanto, atrayéndole y seduciéndole con la magia del arte que en alto grado posee.

Reciba por su señalado triunfo el Sr. Albeniz nuestro más sincero parabien.

El periódico *La Epoca* se expresó de la siguiente manera:

«Hace pocos años era este distinguido artista lisonjera esperanza, hoy es un maestro. Posee, sobre todo, un mecanismo admirable, domina por completo el piano, conoce los recursos de este instrumento y sabe manejarlos y emplearlos, según el estilo del autor que interpreta. El concierto de anteayer, de piano solo, compoñase de treinta y cuatro piezas, ejecutadas por el Sr. Albeniz, sin demostrar el menor cansancio ni fatiga, y de seguro hubiera vuelto á repetir todo el programa sin gran esfuerzo.

Entre las obras ejecutadas el domingo habíalas clásicas, antiguas, románticas, brillantes y del correctísimo estilo de Chopin, autor que no tiene rival en el género. El famoso concierto, estilo italiano, de Bach, lo ejecutó el Sr. Albeniz con rara perfección, lo mismo que una deliciosa *gavota* de Haendel.

Sus autores favoritos parecen ser Scarlatti y Chopin. Del primero interpretó cuatro composiciones características, muy elegantes y graciosas; en ellas el pianista tuvo ocasión para demostrar las bellezas de aquel estilo de notas sueltas, sencillo en apariencia, sumamente difícil si ha de dársela su expresión justa y adecuada.

No debe pasar en silencio la *tocata* de Scarlatti, por ser quizá lo mejor ejecutada del concierto y constituir hermoso trozo de música.

En la segunda parte merecen citarse dos romanzas de Mendelssohn, un difícil *minueto* de Weber, la renombrada *Berceuse* y la hermosísima sonata en *do sostenido menor* de Chopin; esta última obra, sobre todo, interpretada con mucha verdad y sentimiento. En realidad, pocas veces se ha oído la referida sonata tan detallada y justa. A pesar de sus dificultades, no se perdió frase alguna, y todas ellas tuvieron aquel carácter triste y melancólico tan perfectamente retratado en la famosa *marcha fúnebre*.

Albeniz, es, además de pianista excelente, distinguido compositor. Ayer tocó una *suite espagnole* de que es autor; la constituyen tres fragmentos sumamente graciosos y elegantes, escritos sobre cantos populares andaluces, sin que estos pierdan, en modo alguno, su carácter especialísimo. Sobre todo la *sevillana* es un trozo de música ligero y delicioso.

Terminó el concierto con un fragmento del prólogo de *Mefistófele*, transcrito por el mismo señor Albeniz muy acertadamente y ejecutado con verdadero *amore*.

Por punto general, excepción hecha de los dos últimos tiempos de la sonata, obra 14 de Beethoven, el *impromptu* en *mi bemol* de Schubert, y un estudio de concierto de A. Rubinstein, acerca de cuya interpretación algo pudiera decirse, revelóse ayer Albeniz como

pianista de fuerza y mecanismo, artista excelente y de nada escasos méritos.

Dice con verdad y sin exajerar la frase, no abusa de sonoridades que, empleadas á tiempo dan gran realce y brillantez á la música, y cambia de estilo y manera, acomodándose á la índole de la inspiración y al carácter del autor que interpreta.

La concurrencia, numerosa y distinguida aplaudió mucho al Sr. Albeniz, que consiguió, á la par de un triunfo legítimo, tocar tres horas largas al piano sin que nadie sintiese otra cosa sino placer y bienestar.

El Sr. Albeniz recibió dos grandes coronas con cintas rojas, en las que se leía, en una: «Al eminente pianista Isaac Albeniz, su constante admirador Francisco Recur—24 Enero de 1886.»—Y en la otra: «A Isaac Albeniz, sus amigos y admiradores: P. Lázara, R. Vicent, J. Skoczopole, Francisco Recur—24 Enero de 1886.»

Tal es el juicio del artista que con su nombre ha logrado trazar una estela brillante y duradera en el camino espinoso del arte musical.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN

LOS ESTADOS MEXICANOS

CACAHUAMILPA

SUS GRUTAS

I

La famosa gruta que lleva el nombre de Cacahuamilpa, no se encuentra en el territorio del Estado de Morelos, sino en el de Guerrero; pero como está situada en la línea divisoria de ambos Estados, y los grandes centros de población á que está más próxima, que son Tetecala y Cuernavaca, pertenecen al de Morelos, resulta que todas las caravanas de visitantes organizan sus expediciones en una de estas ciudades ó en ambas, y por esta circunstancia los habitantes de Morelos tienen y deben tener mayor conocimiento de la gruta que los de Guerrero, los cuales casi la desconocen en su generalidad.

Los antiguos mexicanos conocieron la gruta de Cacahuamilpa, y acaso la tenían consagrada como un gran templo á alguna divinidad, pues últimamente se ha descubierto frente á la entrada un *teocallo*, y restos de otro en el pavimento del primer salón. Después de la conquista, los indios de los pueblos circunvecinos, ó al menos los del pueblo de Cacahuamilpa, siguieron conociendo su existencia, pero ocultándola cuidadosamente á la raza de los conquistadores, hasta que en el año de 1834 le dieron asilo en ella á D. Manuel Sáenz de la Peña, rico propietario de Tetecala, muy estimado de ellos, para sustraerlo de la acción de la justicia que lo perseguía por haber herido en un altercado violento á D. Juan Puyady. Cuando D. Manuel Sáenz salió de su escondite comunicó sus exploraciones en la gruta, corrió la noticia de su existencia, los visitantes acudieron á porfía, se hicieron grandes descripciones de sus bellezas y de las caprichosas figuras de sus concreciones, y alcanzó la celebridad que hoy tiene.

Al S. O. del Estado y al otro lado de la barraca de Santa Teresa, límite natural con el Estado de Guerrero, está situado el pueblo de Cacahuamilpa, y á dos kilómetros de este pueblo se eleva un nudo de montañas á 1.760 metros sobre el nivel del mar, y en supie, junto á un arroyuelo que se despeña, hay un enorme boquerón de 21 metros de altura y 42 de ancho, formando el arco las grandes y duras rocas que sirven de base á la montaña que da entrada á la misteriosa gruta. Se baja una pendiente rápida de 25 metros y se llega al primer salón ovalado, 50 metros de longitud, 45 de latitud y otros tantos de altura. Este primer salón se llama del *Chivo*, porque entre las estalagmitas que hay en él, se encuentra una de un metro de altura, que remeda la forma de un macho-cabrió, que hoy está muy mutilado. Los indígenas creían que este chivo era un *ser encantado* que defendía la entrada de la cueva.

Dirigiéndose de este salón hacia el N.,

71° O. se entra por otra nueva portada á un espacio inmenso, cuyo pavimento está formado de gradas cóncavas que en la estación de las lluvias están llenas de agua purísima. La roca de este salón es de espató calizo, de un color amarillento. Hay en él, y esto verdaderamente la separa del primero, una gruesa estalagmita de 25 metros de alto, que por su blancura parece de alabastro, y se remonta en el espacio inmenso de la bóveda, como si hubiese de sostenerla. Hay otras muchas estalagmitas diversas en formas y tamaños, hasta el extremo del salón que tiene 100 metros. Este segundo salón se llama de los *Confi es*, por estar cubierto el pavimento de concreciones esféricas, libres, de un centímetro de diámetro próximamente la mayor parte.

Un arco irregular da entrada á otra nueva galería, cuyas paredes están cubiertas con figuras caprichosas, que producen la ilusión de una mómia cubierta de sudario y de un anciano con larga barba que sostiene á un niño en sus brazos. Esta sala tiene 25 metros de largo, y termina por una especie de anfiteatro, sostenido por una pirámide truncada, de 11 metros de base, sobre 26 de altura. Este salón se llama de *la aurora*, porque al volver del interior de la gruta se ve la boca ó entrada, y la luz solar aparece como en los primeros albores de la mañana.

Sigue otra galería de 103 metros de longitud, 47 de latitud, y 60 de altura. En la primera mitad de esta galería hay una estalagmita y una estalagmita blanquísimas y brillantes, remedando la primera un dosel, y la segunda el asiento que aquel cubre. Por esta circunstancia debe esta parte de la galería el nombre del salón del *trono* que se le ha dado. En la otra mitad de la galería hay bellísimas estalagmitas que parecen obeliscos de un tamaño prodigioso, comparables á los de Cleopatra y Pompeyo y por esto se le ha dado el nombre de *el panteón*.

Dirigiéndose al N. 176° E. hay un espacio que se estrecha á medida que se adelanta en él, hasta que se empieza á ascender con gran dificultad por una aglomeración de pedruscos que se han desprendido de la bóveda. A esta galería se le denomina *el pedregal*. Llegando á la cima de la montaña que tiene 70 metros de diámetro se entra á una estrecha galería á cuya izquierda hay una fuente cristalina, donde el visitante apaga su sed y calma la fatiga de su penosa ascensión. A este lugar se le llama *el agua bendita*.

Junto á la fuente hay una estrecha abertura por donde casi arrastrándose, se penetra á la galería más espaciosa de la caverna. Tiene de ancho como cuatrocientos metros, y de altura entre 50 y 60. El principio de esta galería se llama el *salón del muerto*, porque en él se encontró un esqueleto humano, recostado sobre el lado izquierdo; el cráneo, por el lado en que se hallaba inmediato al suelo, se veía cubierto de una brillante cristalización. Junto al esqueleto del hombre se halló el de su perro. La parte media de la galería se llama el *salón de las palmas*, porque las altas y esbeltas columnas que forman las estalagmitas, semejan los tallos de las palmeras. Al fin de éste se asciende penosamente por otro pedregal de enormes masas, cuyos intersticios son un constante peligro que amenaza al viajero, y donde es muy difícil dejar de caer; pero por fin se llega al fondo ó sea al salón de los *órganos*, llamado así porque en sus paredes están de relieve unos cilindros semejantes á los tubos de órgano, y que, heridos con una piedra, producen un sonido como el de este instrumento.

Los mejores exploradores no han encontrado paso para ir más allá de los *órganos*; así es que deben reputarse infundadas las aserciones de que se llega á un sitio donde se ve correr un río, y de que en la margen opuesta sigue otra serie de galerías inexploradas.

Lo que existe, basta para llenar de asombro y estupor al viajero más audaz y sereno, y las maravillas que allí se contemplan sobrepasan á las creaciones de la más fecunda imaginación. Uno de los exploradores en una brillante descripción que hace de la gruta,

dice: «.....desde el primer salón venimos dejando un sin número de concreciones enormes, medianas y diminutas, confusas, separadas, aglomeradas; blancas, amarillentas, grises, negras, con triste opacidad las unas, con brillo resplandeciente las otras, casi todas de formas indefinibles.....»

En otro lugar dice: «El espectáculo grandioso, la admiración en su últimopunto, el entusiasmo desbordándose involuntario en el corazón más indiferente, está reservado para el último salón llamado *los órganos*. En la bifurcación que hácia la izquierda, entrando, existe en este sitio, hay maravillas que pocos de los visitantes han visto; que hácia ese lado es donde arrojando cohetes de ciento diez metros de alcance, no los hemos visto tocar la bóveda, y que en las últimas galerías que corren, suben, se inclinan y cruzan entre las crestas de esas inconmensurables rocas, hay todo un mundo de monumentos extraños, de edificios abigarrados con todos los órdenes de arquitectura, en fantástica confusión de vegetación pétreas, de animales mitológicos, de figuras apocalípticas, todo eso ve la menos exaltada imaginación, á quien ni los verdaderos peligros que se necesitan arrostrar para llegar allí, bastan á sustraer de la influencia de lo maravilloso, cuyo dominio es completo.»

II

EXCURSIONES

Las excursiones más notables que se han hecho á la gruta de Cacahuamilpa, son las siguientes:

Abril de 1835.—Expedición exploradora, compuesta de los Sres. Baroi, Gros, secretario de la Legación francesa en México, don Manuel Velázquez de la Cadena, barón René Pedreauxville y D. Ignacio Serrano, dibujante de la expedición.

1837.—D. Mariano Galván, autor de los calendarios, quien publicó una descripción de la gruta.

1850.—Los profesores de la Academia de San Carlos.

1855.—El presidente de la República general Ignacio Comonfort.

1865.—La emperatriz Carlota. Al salir de la gruta tuvo noticia de la muerte de su padre Leopoldo, rey de los belgas.

1869.—El general D. Pedro Baranda, primer gobernador del Estado de Morelos.

Febrero de 1874.—El presidente de la República, Lic. Sebastián Lerdo de Tejada.

1878.—El general D. Carlos Pacheco, segundo gobernador del Estado de Morelos.

1879.—Expedición científica compuesta de los señores ingenieros D. Mariano Bárcena, don Miguel Iglesias y D. Gumersindo Mendoza. Acompañaron á la comisión del ministerio de Fomento, los Sres. Grales, Carlos Pacheco, Jesús Lalanne, Jesús H. Preciado, Angel Martínez y Feliciano Chavarria, y los señores Francisco Búlnes, Coronel Francisco Ramírez, Eugenio Cañas y más de mil personas.

Esta comisión científica fué enviada por el ministerio de Fomento para estudiar el fenómeno de unos hundimientos y resbalamiento de terreno que se operaron en los cerros donde está la gruta, como consecuencia de un terremoto.

Marzo de 1881.—El presidente de la República, general D. Porfirio Díaz, acompañado de sus ministros los señores generales Carlos Pacheco, J. Treviño, Lic. I. Mariscal: del cuerpo diplomático, de los generales Ord y Frisbie y de otras muchas personas notables. En esta ocasión se iluminó la gruta con luz eléctrica.

III

GRUTA «CARLOS PACHECO»

Siempre se había creído que la gruta de Cacahuamilpa era la única que había en el pueblo de este nombre; pero en la expedición que hizo el señor general D. Carlos Pacheco en Octubre de 1879, acompañado á la comisión científica que envió el ministerio de Fomento, los indios le revelaron la existencia de otra, que sólo era conocida de ellos.

Esta gruta no está distante de la grande, pero lo abrupto de aquellos lugares impide

que se llegue á ella por la distancia más corta, así es que, es necesario hacer un gran rodeo, de cerca de una legua, por un camino muy áspero, y que pasa por la bóveda de la gran gruta.

Su entrada es también una gran boca, y la pendiente para descender es muy rápida. Al pié de la rampa hay una galería de más de doscientos metros de largo, cuya mayor extensión está á la izquierda; se llama de *los pebeteros*: á la derecha está la entrada al primer salón que es el de *la dama blanca*; el segundo es el *del monje*; el tercero el *del pabellón*; el cuarto el de *la silla*, y el último el de *los volcanes*. El de *la silla* es el más amplio de la gruta. Los nombres de los salones reconocen por origen la forma de las estalagmitas y estalagmitas, que remedan los objetos que dichos nombres significan. Las cristalizaciones de estos salones se conservan intactas y son más bellas, pero no más magestuosas que las de la gran gruta.

Además de las grutas hay otros espectáculos grandiosos en aquellos lugares: «el *abra* de corralejo, á dos leguas, donde hundida la bóveda se ve correr el San Jerónimo á una profundidad espantosa: la entrada de este río cerca de Chontalcutlán, con un arco quemado de sesenta á ochenta varas de altura, abierto en una pared que corta la montaña, de doble á triple elevación: las *bocas*, sitio donde salen los ríos: el *hoyanco*, gigante depresión circular que no es sino caverna, cuya bóveda se hundió.»

CECILIO A. ROBELLO

REVISTA DE MADRID

Ya ha comenzado para los verdaderos aficionados al arte musical la mejor época del año.

La *Sociedad de Cuartetos* abre con llave de oro la puerta á la buena música.

Esto quiere decir sencillamente que ha inaugurado sus sesiones la Sociedad de profesores que rinde culto á ese género de música, cultivado con predilección por los grandes maestros clásicos, que consiste en impresionar gratamente el oído y conmover dulcemente el corazón por medio de un reducidísimo número de instrumentos que hacen oír bellísimas piezas, nutridas de cuanto de más perfecto reúne el arte de los sonidos, así en su parte estética como en sus numerosos medios matemáticos.

Haydn, Mozart, Beethoven y Mendelssohn fueron los principales cultivadores de los cuartetos, así llamados, porque los instrumentos que en la ejecución de este género de piezas eran cuatro; dos violines, una viola y un violoncello.

Desconocido completamente en Madrid este nuevo ramo del arte, dos artistas españoles propusieron darlo á conocer, guiados por ese instinto superior que, teniendo por base la absoluta confianza en la bondad de una causa artística, acomete las más arriesgadas empresas con la seguridad de alcanzar, más tarde ó temprano, un éxito seguro.

El Sr. Castro y Serrano, en su bellísimo librito titulado *Los Cuartetos del Conservatorio*, describió la historia de esta brillante Sociedad, hizo digresiones artísticas inconcebibles, por lo bellas y exactas, en quien no conoce la teoría musical, y biografías de los artistas llenas de datos interesantes y de juicios concienzudos, todo esto realizado por el mágico estilo del autor de las *cartas trascendentales*.

Siete artistas constituyen en la actualidad el personal de la Sociedad de Cuartetos; siete vestales que velarán incesantemente para mantener inextinguible el sacro fuego de la música *di camera*: Monasterio, Lestán, Urrutia, Vidal, Mirecki, Zabálza y Tragó.

Entre estos siete artistas descuellan, en primer término, dos nombres gloriosos: Monasterio y Tragó. La *Sociedad de Cuartetos* nació el 1.º de febrero de 1863 en un modesto y pobremente decorado saloncillo del Conservatorio de música.

Asistieron á su bautizo como padrinos Monasterio, Guelvenzu, Pérez, Lestán y Castellano y como testigos la mayor parte de los que, por aquella época, cultivaban ó tenían amor al divino arte en la capital de España.

En el saloncillo había gran animación. La vivacidad de las conversaciones, la franca alegría que en los semblantes de todos veíase retratada, hacían presagiar al menos experto, algo bueno, algo notable de aquella reunión.

Un modesto tablado con cuatro atriles más modestos aun, y un piano de Pleyel, era todo el aparato que se veía.

El éxito fué verdaderamente asombroso. El entusiasmo de aquel tan corto como escogido público no tenía límites. Todos proclamaron á una voz que era un acontecimiento de notoria trascendencia para el arte músico la inauguración de la *Sociedad de Cuartetos*.

Monasterio vió realizado aquel día el ensueño de su vida. La *Sociedad de Cuartetos* comenzaba la obra de restaurar el buen gusto musical en España.

De aquel saloncillo del Conservatorio de Música salió, como dice en su precioso libro *Los Cuartetos del Conservatorio*, la elegante y castiza pluma de don José Castro y Serrano, «los aficionados que extendiesen á su vez la afición por diversas capas sociales, extraviadas entonces por modas de mal gusto,» y el público inmenso que en la primavera llena los domingos el Circo del Príncipe Alfonso, que admira y aplaude con sorprendente tino y con intuición pasmosa las obras de los más afamados maestros, ejecutadas por la *Sociedad de Conciertos*.

El viernes, 22, inauguró sus tareas este año la *Sociedad de Cuartetos*.

Prescindióse en la primera sesión de obras de piano, como tributo de respeto á la memoria de Guelvenzu.

En el atril del piano, colocado en el sitio de costumbre, y sobre papeles de música, había una corona de laurel, y de ella pendían negras cintas que se extendían por el teclado.

El papel de los programas tenía orla negra y al frente de la primera hoja, algunas palabras cariñosas consagraban recuerdo de amistad al antiguo compañero y amigo.

Ejecutaron en esta primera sesión, con el primor y delicadeza á que nos tienen acostumbrados los señores Monasterio, Urrutia, Lestán y Mirecki, un cuarteto de Mozart en *re* (ob. 575); un trio en *sol* (ob. 9); de Beethoven, para violín, viola y violoncello; y un cuarteto en *mi bemol* (ob. 44), de Mendelssohn.

Obras de Mozart, Beethoven y Mendelssohn, tres de los más grandes genios de la música clásica, interpretadas con la inspiración y maestría que lo hacen los profesores de la *Sociedad de Cuartetos* es cosa por demás selecta para que dejen de saborearla los verdaderos aficionados.

El domingo 24 dió también un concierto Isaac Albeniz, uno de los pianistas más notables y de condiciones más excepcionales que se han conocido en España.

Ejecutó un programa compuesto de treinta números, en que puso de relieve sus grandes disposiciones de artista inspirado y delicado.

¡Qué bien dibujó el concierto de estilo italiano de Bac! ¡Con qué inspiración y poética delicadeza nos presentó la música de Sarlatti! ¡Con qué potente imaginación y fuerza de colorido nos hizo olvidar que oíamos un piano cuando llegó su turno á la música de Beethoven! Y, sobre todo, ¡cómo crece y crece su inspiración cuando ejecuta su propia música!

En otro lugar de esta *Revista*, podrán nuestros lectores ver el juicio de tan interesante audición musical.

De todas las bellas artes, la que mayor número de aficionados cuenta en Madrid es indisputablemente la música.

Sea porque exija menos educación intelectual que la pintura, escultura ó arquitectura para gustar sus bellezas, por lo mismo que se dirige con preferencia al sentimiento; sea porque, menos objetiva que las demás, deja mucho campo para que cada cual acomode las sensaciones que produce á su modo particular de sentir y gozar las dichas de este mundo, es lo cierto que desde la chillona banda militar, objeto de entusiasmo en los corazones belicosos, hasta el órgano de la iglesia, cuyos majestuosos acordes aumentan el recogimiento de los fieles, no hay género ni forma de música sin numerosos partidarios y admiradores, capaces de romper lanzas por tal ó cual obra ó autor, á cuyas melodías deben el consuelo de olvidar, siquiera sea momentáneamente, la prosa de la vida.

Pero la música tiene en Madrid, además de la plaza pública y de la iglesia, del hogar doméstico y del teatro, dos Sociedades que celebran sus audiciones durante los primeros meses del año, á las cuales muchos son los llamados y pocos los elegidos, sociedades de cita para los aficionados de buen gusto, donde acuden por igual, lo mismo el hombre acaudalado que el que posee modestísima fortuna, á escuchar las inspiradas composiciones de los grandes maestros.

En estos dos templos, consagrados al culto del verdadero arte, donde se oye la música sin aparato exterior, lo único que el sufragio universal del auditorio despóticamente prohíbe es cualquier rumor, por leve que sea, cualquier conversación, aunque la voz apenas salga de los labios, cualquier movimiento que perturbe el religioso silencio ó distraiga la ansiosa atención.

Estos dos templos son: las Sociedades de *Cuartetos* y de *Conciertos*, dirigidas en la actualidad, la primera por Monasterio y la segunda por Bretón.

La primera inició á un público escogido en las grandes y delicadas bellezas de la música *di camera*. A la constancia y celo de los fundadores y socios, débese que los aficionados hayan comprendido y aplaudido los tríos, cuartetos y quintetos de los maestros clásicos, cuya estructura y detalles particulares requerían para ser apreciados debidamente cierta organización musical, cierta copia de conocimientos, cierto público, en fin, como el que acude en las noches de sesión al Salón de D. Antonio Romero.

La segunda, esto es, la *Sociedad de Conciertos*, ha venido á coronar el edificio cimentado por la de *Cuartetos*, su hermana primogénita. Del Salón-Romero se traslada al espacioso teatro del Príncipe Alfonso; al exiguo número de instrumentos de cuerda, sucede un bosque de arcos; las demás familias piden participación en la grande obra, y la obtienen. El repertorio se ensancha hasta lo infinito; se vencen todas las dificultades; se tocan todos los resortes para complacer á toda clase de público, y este público, tan apasionado, tan dispuesto siempre á aplaudir lo bueno, este público que ansía alimentos sanos y confortantes que vigoricen su inclinación á la buena música, halla en la Sociedad dirigida por Bretón lo que buscaba.

¡Y cómo no! ¡Cómo no, si Bretón ha alcanzado la gloria de elevar la *Sociedad de Conciertos* á la altura de las mejores del extranjero!

España será un país verdaderamente grande cuando se generalice tanto la afición á la música, que nuestro pueblo acuda ansioso á gozar de sus dulces embelesos, abandonando otros placeres, que rebajan más que elevan, su nivel intelectual.

Las *Sociedades de Cuartetos* y de *Conciertos* han depurado el gusto y han infiltrado en el público el amor al arte; ellas han abierto el camino para la regeneración musical de nuestra patria.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

MADRID, 1885

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ULPIANO GÓMEZ Y PÉREZ
Calle de la Cabeza, número 36, bajo.

ANUNCIOS



SERVICIOS
DE LA

COMPANÍA TRASATLÁNTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitás, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *España*.

El 20, de Santander, *Méndez Núñez*.

El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 2

Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fíjamente de cada mes.

El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: La *Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran formato, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirigen á las *Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

OBRAS PUBLICADAS

Curso completo de declamación, ó enciclopedia de los conocimientos que necesitan adquirir los que se dedican al arte escénico, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 450 páginas.—Precio 7 pesetas.

Obra premiada con medalla de 1.ª clase en la Exposición Literario-artística de 1885.

Músicos, poetas y actores: colección de estudios crítico-biográficos de los músicos Salinas, Morales, Victoria, Eslava, Ledesma y Masarnau; de los poetas García Gutiérrez, Hartzembuch y Ayala; de los actores Máiquez, Latorre y Romea, por D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.—Precio 5 pesetas.

Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Literario-artística de 1885.

Isaac Albeniz: estudio crítico-biográfico de tan reputado pianista, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un folleto en 8.º.—Precio 50 céntimos.

Estas obras se hallan de venta en las oficinas de la BIBLIOTECA ARTÍSTICA, calle de Columela, núm. 4, bajo, derecha.

OBRAS EN PREPARACION

Indumentaria Teatral. | Estética de la Música.

Galería de Actores Españoles.

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres ilustres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma en adelante nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión, de la ilustrada obra con retratos, esmeradamente ejecutados por los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga 1.º constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pèrer y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen 3